

Problemas de Etnografía

de los Vascos

I

En cierta institución docente yacía arrinconado un termómetro por creerlo descompuesto y años después un hombre que compró otro termómetro igual, encontrándolo en la misma disposición y siendo él más modesto, pero también más práctico en sus propósitos que su profesor, consultó con el constructor y averiguó que toda la inutilización se podría remediar con unas sacudidas bien dadas todas las veces que fuese oportuno.

Relataba en cierta ocasión M^{me} d'Abbadie haber encontrado en un hospital á un joven aldeano con un cartel á la cabecera de la cama que decía «idiot», y conversando con él vino á convencerse de que no había tal idiotez, sino que era muy inteligente, solamente que no sabía una palabra de francés.

He solido acordarme de estos dos ejemplos y otros semejantes cuando después de tantear los filólogos y lingüistas parentescos del vascuence con el celta, lenguas americanas, turco, lenguas caucásicas, japonés, eslavo, egipcio y berberisco; después de haber recurrido á la antropología en busca de extrañezas craniológicas; después de haber buscado en vano mitologías estupendas ó leyendas enrevesadas; nos han dicho llamándose á engaño por boca de Vinson que los vascos carecen por completo de originalidad social y no tienen nada suyo, aparte su lengua (elemento de primer orden por lo demás), á la que despues de entusiasmarse con ella la califican de pobrísima y propia de una civilización muy rudimentaria.

Con ocasión del oportuno correctivo del Prof. Schuchardt (1) al Dr. Karutz (2) acerca de la hoz dentada me tomé la libertad de decir (3) que si la hoz dentada no se hubiera encontrado en Europa, á excepción del país vasco, más que entre las antigüedades anteriores á las civilizaciones griega y romana, y sobre todo si fuese un instrumento tosco, inútil, adecuado no más á la edad de piedra, puede que no le disputasen al vasco su originalidad; pero ¿ser el vasco capaz de lo que no fueron capaces el inglés, el francés, el portugués, el catalán, el romano ni el griego, puesto que ya antes en la edad del bronce se conocía en Noruega y por consiguiente no la inventaron aquellos pueblos! y ser además un instrumento realmente útil!

También á los que cometieron la ligereza de afirmar y se entercan en porfiar que en los vascos todo lo que representa vida sedentaria y algo culta es latino, prescindiendo de aquello que menciona Estrabón, como cosa extraña, de que los iberos montañeses comían sentados, les he dicho que (4), pues el carro chillón forma parte de los aperos del labrador, es también el pueblo vasco propiamente labrador; y Karutz (5) añade; «porque el pueblo vasco fué y es labrador y porque el carro fué y es parte de sus aperos de labranza, por eso se ha mantenido éste en su forma primitiva». Más tarde he dicho también (6) que seguramente para hallar originalidad en el yugo vasco necesitarían nuestros observadores ver que se uncían los bueyes por el rabo ó por el morro, pues en otro caso considerarían demostrado que los vascos no habían sabido arar ni acarrear con yunta hasta que se lo enseñó otra nación que supiera ponderarse. Nosotros no lo hemos sabido hasta que empezamos á escribir en castellano, en el cual aprendimos la hipérbole y el énfasis.

Dice el Prof. Georg. Jacob (7) que «mucho tenemos que agradecer al Oriente (por el apellido comprenderéis la filiación del escritor) en cultura, pero cada pueblo vive su propia vida de cultura, sólo el impulso, viene de fuera». Este impulso podrá alguna vez haber sido generoso, pero muy amenudo ha sido como Mefistóteles, que quería el mal y hacía el bien, según confesión propia, y en cuanto al desarrollo interno la historia nos dice que los pueblos florecen culturalmente en cuanto las circunstancias geográficas y políticas se lo consientan.

(1) Globus LXXX, p. 181. etc.

(2) Globus LXXIV, p. 333, etc.

(3) Euskal-erria XLVI, p. 1, etc.

(4) Archiv. f. Anthr. XXIV, p. 224.

(5) Loco citato.

(6) El yugo vasco comparado con los demás. San Sebastián. Imprenta Diput. 1905.

(7) Oestliche Kulturelemente im Abendlande. Berlin, 1902.

Hubiera prescindido aquí en absoluto de los latigazos anteriores si el ambiente intelectual neo-latino estuviese más familiarizado con el modo de apreciar los paralelismos etnográficos á lo R. Andree ó los conceptos elementales y populares del contenido de la cultura á lo Bastian; sino nos hablasen todavía los eruditos á la violeta de Triptolemo como inventor del arado; sino se siguiese en esta manera de ilustrarse rastreando una sola fecha, un solo país y una sola persona para cada invento de alguna trascendencia para el género humano; sino se siguiesen citando con cierta sonrisita burlona los primeros panegíricos del vascoence al mismo tiempo que corren como teorías científicas viables los panegíricos del germano, por intermedio del ario, llegando al punto de que Wilser (1) p. ej. asegure que el nombre nacional de los vascos (que así cree que se llaman) es de origen germánico; á fé que no sin que un compatriota de aquél (2) encuentre vestigios de nombres vascos en Alemania y aún más lejos de nuestro país; y si pudiesen vislumbrar que los personajes vascos de algún viso, menos San Ignacio, habían sido altos, ó rubios, ó de ojos claros, ya nos traerían la deducción de la influencia de la raza germana en el vasco, pero no en sus banderías y discordias, á la manera que han querido hacer p. ej. con el renacimiento italiano, con la cultura helénica y hasta con el Cristianismo.

II

En la consideración de los diversos objetos no seguiré el orden de importancia, pues esta suele saltar donde menos se piensa; me limitaré á seguir un orden puramente objetivo.

En cuanto al traje nos dicen que no tiene nada de particular ó de chocante y á continuación nos citan la boina, la faja y las alpargatas. La primera ya se encargan los más avisados de advertir que se ha extendido por el país solo desde la primera guerra carlista, pero despues de venir así á parar á la no originalidad de la *boina* entre los vascos no han conseguido precisarnos de manera convincente en que país empezó á usarse. Luego subsiste el problema y se me ocurre preguntar ó eran verdaderas boinas, es decir de punto, las de los paisanos del pintor Teniers y los «tam-o-chanter» escoceses? cuestión á que se añade otra por dilucidar ¿por cuáles otros pueblos pasó la boina hasta los vascos y porque no la adoptaron antes estos?

(1) Die Ligerer: Die Umschau IV, p. 912.

(2) Dr. Wirth: die Einheit aller Sprachen. Die Umschau XI, nº 23.

Esta prenda tan moderna, que fabrica Guipúzcoa para el ejército francés, hoy se ha extendido hasta Sierra Morena y hay también caciques tobas en el gran Chaco que se cubren con ella, todavía no la usan muchos ancianos vascos, que conservan la antigua costumbre de dejar el pelo largo, como distintivo del «echekojaun» á diferencia del «mutill», mozo (mocho); y estos mismos ancianos, además de muchos otros rapados, se dejan media patilla, mientras que el andaluz se la deja hasta abajo en boca de hacha (1). No vereis ningún vasco que, como muchos castellanos, use boina con dibujos de diferentes colores, ni amarilla, ni que la aplaste por los lados y la estire en pico por delante (2).

El gorro tiene nombre más indígena (chano) y sin embargo apenas se usa.

Entre las otras prendas nos cita el Prof. Gerland (3) el *pañuelo* de seda matizada anudado al cuello, también con cierto garbo «teatral», pues por lo visto la ingenuidad y sencillez quedan para los señoritos turistas vestidos de tirolese. Chulos madrileños y andaluces lo usan muy estrecho y apretado por una superstición especial respecto á las enfermedades del aparato respiratorio, superstición que no comparten los vascos.

Dícese que los kabardinios del Caúcaso se esfuerzan uno y otro sexo por lucir el talle ceñido; aquello en que más se resisten á achulaparse las criadas vascongadas en Madrid es en lo de arrebujarse en un mán; prefieren abrigarse con una chaquetilla bien forrada ó á lo más con una toquilla cruzada por los hombros y anudada á la cintura. El Prof. Alexandre Tsagarelli (St-Petersburgo) me citaba en cierta ocasión la *faja* de sus paisanos los georgios como una de las señales de la identidad de aquellos iberos con los de la Península; yo me acordaba de que también las *alpargatas* nos las han visto los extranjeros como cosa nuestra y no han notado que las usamos de hechura de zapatilla y no como los aragoneses de hechura de sandalia.

Más características son las *abarcas*, palabra que muy en serio cree Gabelentz una de las pruebas (?) del parentesco con el berberisco, sin que dejen de usarse también en Castilla y Aragón, Salamanca y la Montaña, la Mancha y Andalucía, Asturias (coricia), Italia (cioccia), Bosnia y Albania (opanken), Alemania (bundsuh), Lyuta, límite de

(1) Aranzadi: Consideraciones acerca de la raza vasca. Euskal-erria XXXV, p. 101.

(2) Aranzadi: La estética de la boina. Euskal-erria, XXXVIII, nº 639.

(3) Die Basken u. die Iberer im Die Vorroman. Volkssprachen der roman. Lander. Strassh. 1905.

Hungría con Galitzia (bochkor), en Lituania y el Turquestán; en estos dos últimos países son como en Salamanca lo que los pasiegos llaman abarcas vizcaínas, es decir, cerradas con costura por delante. Antes en Vizcaya se cosían hacia fuera y hoy hacia dentro: las pasiegas, italianas y andaluzas no tienen costura y las manchegas y aragonesas tampoco, pero ensartan una pieza de cuero sobre los dedos mediante una correa. Esta mayor rudeza ¿cómo la explicarán los géógrafos tales como Gerland cuando nos dice que los vascos habitan el rincón noroeste (sic) de España y han vivido desde muy antiguo aislados?; así como Lampe refiriéndose en la Umschau al prof. Märker (1) cuando atribuye la conservación del más antiguo pueblo de Europa á lo impracticable (sic) de los Pirineos; Karutz cuando cree que la abarca es uno de los signos de estancamiento de la cultura vasca; y los fisiócratas ó hidrópatas que las han puesto de moda en Alemania? Y no es el único hecho que se revela en el mismo sentido; la primera edición del Baedeker para España dice que la cultura del pueblo es en el país vasco muy superior á lo que es en el resto de España; cierto que en la 2ª suprime este párrafo, pero como otros muchos por ahorro de espacio, ó quizás obedeciendo á lo mismo que le hizo cambiar el orden en el encabezado y descripción de generalidades, anteponiendo Castilla y León al país Vasco, a pesar de que por éste se empieza el viaje.

Los *zuecos* ó almadreñas (eskalaproiak), por más de que se usen en la Soule y por más de que en Cierta ocasión se me enterara un navarrico de la Ribera diciendo que los había visto de uso general en Irún, son para la mayoría de mis paisanos algo muy extraño, que les inspira frases como aquella de «gallego neto, de esos que trabajan con tres tacones de zapatos». Efectivamente en España es cosa de gallegos, asturianos y pasiegas, muy común también en Francia desde el Béarn, en el Tirol, Holanda, Westfalia y Jutlandia, extraño á los frisones del Norte y bajo-sajones entre aquellos dos países, sobretudo los *zuecos* que son todo de madera (2), tanto como á los vascos entre los dos países de pasiegos y bearneses.

Las *faldillas* y el *capusay* de los varones en el siglo XII dice Gerland que recuerdan el de la mayor parte de los antiguos pueblos europeos bárbaros; los escoceses, además de liarse también el «plaid» (manta) al hombro como los navarros, todavía conservan las *faldillas* y no sé si conceptuarán las *bragas* como cosa propia de los antiguos bárbaros de Europa. De lo que no hay indicio ninguno es de que los vascos hayan

(1) Geogr. Zeitschrift. V. p. 177.

(2) Rhamm: Die Ethnographie im Dienste der german. Altertumskunde. Globus LXXXVII, nº 7.

usado nunca maragas, como los maragatos y como los sorianos del siglo XIV y bretones.

Extrañan á los forasteros y á los descendientes los peinados de las señoras vascas del siglo XVII; pero ¿y los peinados y pelucas de las córtés europeas en los últimos siglos no son de extrañar? Más digno de que lo tenga en cuenta un etnólogo es el pudor ó sentimiento de dignidad que obliga á la «echeko-andre» á no presentársenos jamás con la cabellera descubierta, siempre con *su sabanilla*, hasta el punto de que para ir á la iglesia cree necesario añadir un manto, como si aquella fuese nada más parte de la propia cabeza; y si un chiquillo mal educado, de los que pululan por ejemplo en las calles de Bilbao, tira de la sabanilla de una aldeana, dejándola con la cabellera descubierta, comete en realidad una falta de respeto mayor que si derribara el sombrero de copa de la cabeza de un caballero. Esta significación de la sabanilla en la echeko-andre ignoro si existe en otros países en que la mujer cubre la cabeza con pañuelo (montaña de Santander, Asturias y Galicia) ó con cofia (Francia). De aquello que nos cuentan de que las mozas andaban mochas en otros tiempos no sé nada, pero en cambio tiene mucha relación con lo que he dicho de la echeko-andre el hecho de quela «neskacha» honesta anduviese antes siempre à *pelo* descubierto, hasta el punto de que tardó mucho tiempo la Iglesia en conseguir que no entrasen así en el templo y aún se ven muchísimas infracciones á este precepto eclesiástico. De otra costumbre que fué muy general en Europa, la de llevar las *trenzas* colgando, dicen los etnógrafos que en Mogolia las doncellas usan una y las casadas dos; ignoro si esta diferencia ha existido en Europa ó en particular en el país Vasco, pero lo cierto es que las «añas» (nodrizas), dicho sea de paso la inmensa mayoría casadas, usan siempre dos entrelazadas con una cinta que les sirve de travesaño, como también muchas echeko-andre vizcainas.

En relación á la predilección de los iberos por los colores *oscuros* es de mencionar la misma tendencia en los indígenas del Kafiristan, país montañoso del Asia bien distante de nosotros, y la afición á los colores chillones que parece caracterizar á los arios entre los turcomanes; el vasco muestra antipatía al *amarillo* y sus próximos en el iris, á diferencia de la mitad noroeste de España, y prefiere aquel el azul, pero el rubicundo roncalés prefiere el blanco, á excepción de las medias, que no son azules como en los aragoneses, sino negras y sus mozas se visten con muchos dorados, á diferencia de las otras vascongadas; en Chori-erri (entre Bilbao y Guernica) tienen las bragas y los refajos algo de arlequín. No hay en el país el menor indicio de nada parecido al dengue y al refajo del Noroeste de España.

Realmente no tiene nada de-particular que las mujeres vascas *hilasen*

y sus utensilios no han de ser completamente diferentes de los de otros países; pero es de notar cómo describe Karutz (1) «una primitiva rueca y dos husos igualmente sin arte» para añadir algo más abajo que «en piezas antiguas se ven, lo mismo en ruecas que en devanaderas, muy hermosas entalladuras» y donde he visto yo la rueca más rudimentaria ha sido en Gerona (Cataluña), en manos de una mendiga en las gradas de la catedral, rueca que no era más que una caña rajada y con un pedacito, también de caña, que mantenía separados los dos trozos de la hendidura en figura de triángulo ó estribo. No quedó pues la cultura vasca estancada por sí, sino que la asfixia vino de fuera, en el sentido en que Olphe-Galliard (2) llama al vasco «nouveau type particulariste ebauché», porque no ha tenido tierras no ocupadas apropósito para su expansión conforme á lo que él es, á diferencia de anglo-sajones y noruegos.

El *huso* y su *tortera* pueden presentar algunas diferencias de unos países á otros, ser aquel con hueca (*ardatzaren usbiurra*) sencilla, circular, en gancho, ó en espiral como el astur y el portugués; ignoro si hay alguna de estas características en el país vasco. Si he de notar que el eje del carro se llama en vascuence huso del carro y si mal no recuerdo es Ecl. Hahn (3) quien dice que el origen de la rueda movible alrededor del eje fijo tiene relación de alguna manera ó forma con que existiese ya la *tortera*»; más racional es el origen de rueda fija al eje movible en relación con que existiese ya el huso. ¿Se podría inquirir la construcción de la palabra «*ardatza*»?

III

La *herrada* ó *ferrada* de todo el litoral cantábrico se usa también en el país vasco con el nombre de *sulla*, pero le hace la competencia el *cántaro* bajo (*lapiko*) igual al bearnés. En tanto que las castellanas llevan sus botijos de forma micénica ó cretense y sus tinajas de base estrecha sobre la cadera inclinando el cuerpo al otro lado, las mujeres vascas llevan, hasta las cojas, la *herrada* ó el *cántaro* á la cabeza sobre un «*sorki*», hecho en el momento con una rodilla de cocina ó construido ad hoc y parecido al que usan en Suiza según Stoll (4). Esta costumbre de llevar el *cántaro* sobre la cabeza, lo que hermosea el cuerpo por la

(1) Loco citato.

(2) Le paysan basque du Labourd à travers les âges: La science sociale. Paris. Sept. 1905.

(3) Zur Entstehung des Rades u. des Wagens.

(4) Das Ausland, t. 63, nº 35, etc.

armonía de movimientos, sino se abusa con grandes pesos, es general en los países que circundan al Mediterráneo, en Africa y hasta en Filipinas, pero también al Sud del Danubio en Baviera (excepto en las altas montañas, en que se usa el cuévano como las pasiegas) y también en Bardowiek, ciudad de Luneburg, en la que Rhamm (2) lo pretende explicar como resto de población longobarda, anterior al siglo 5º en que éstos se trasladaron á otra parte. Es una explicación como otra cualquiera, que no vale para España, ni creo que tampoco se atreva dicho señor á referir la forma de llevar el botijo las castellanias á restos de población goda; por mi parte ando escaso de fantasía para estas referencias y dejo el asunto para otros más atrevidos.

Las mujeres vascas *lavan* la ropa, teniendo los pies descalzos metidos en el arroyo, frotándola con los puños y sin golpearla con pala.

La *jarra* de azumbre se parece algo á la «infusa» portuguesa (2), parecida á su vez á la caldea y proto-helénica, pero la ornamentación no es como la representada en la p. 248 de la obra aquí citada, sino más naturalista, abarcando con 2 ó 3 floreos toda la jarra. Que el nombre «picherra» sea como dicen Unamuno y Stoll del gallego pichel no lo veo muy claro, pero ha habido tiempos en que en ciertas villas guipuzcoanas todos los alfareros eran franceses, como los curtidores, capadores y carniceros.

En cuanto á «pazi, pertza, eltze» me parecen más vascos que el barbarismo «tupina» de suberoa; que aquellos vocablos derive Charencey del galo y otros del romance, mientras que quizás Cejador derive el castellano del ibero, es cuestión en que yo no resolveré nada.

Baiku y *oporrr* de abedul parecen cosa más propia de los vascos y en cuanto á la forma no sé el parecido ó la diferencia que podrán tener con los *cuencos* de una pieza de los caucásicos y con los que en Noruega se han usado hasta hace unos 40 años. Para cocer la leche en el kaiku se usan piedras candentes, «burdiñarri», que según Lacoizqueta se eligen de ofita ó diabasa por lo pesadas que son estas rocas. Es de notar que el vasco no come crudas, como sí se hace en el Mediodía y Levante de España, ni las castañas, ni las habas, alcachofas, etc., pero si hay afición á la hortaliza *cocida*; de ninguna manera á las bellotas. Las piedras candentes sirven para cocer la carne entre los asinabois (que quiere decir cocedores de piedra) de Norte-América y para hacer la cerveza en Botlandia y Carintia, indicando en todo caso pueblos más tallistas que alfareros y que han sabido llegar al cocido sin el cacharro; pero no es

(1) Loco citato.

(2) Rocha Peixoto; as olarias do Prado en «Portugalia»; materiaes para o estudo do povo portugues, I, p. 241.

una particularidad étnica de un solo pueblo. Comen la carne cocida los lapones, como los héroes del Wallhalla escandinavo y no la conocían así los héroes de Homero. El verbo vasco «irakin» hervir es de conjugación simple, lo que indica su importancia y antigüedad.

De hierro es el seso, que el diccionario de la academia española define diciendo, que es una «piedra», ladrillo ó hierro con que se calza la olla para que siente bien y dice un refrán que la que no pone seso á la olla no lo tiene en la toca. Si de piedra puede ser en Castilla, no habrán ido los castellanos á llevar hierro ni seso de tal á Vizcaya, sino que de ésta se habrá llevado á Osma, donde lo vimos en hogar de lena ó sea sin hornillo para carbón; como también á Suberoa, donde no supieron decirle á Stoll nombre ninguno, sino la descripción «tupinain gibekeko burdina»; más carácter de nombre tiene «eltz-ondoko» y «berzuina», que en otros dialectos significa con ligera variante fonética *badil* ó *badila*.

De hierro es también el *llar* («laratza»), tan generalizado todavía en muchos pueblos de Soria donde no hay hornillo para carbón; *llar* se usa también desde la Laponia hasta los osetos del Cáucaso. En el país vasco puede colgar de él el caldero, pero en otros casos el *tamboril* (Figura 1^a) para asar castañas, utensilio que es absolutamente imposible proceda de la edad de piedra ni de la de la madera, pero que además no sé que exista en otros países de uno ú otro lado de los Pirineos. En Castilla á lo más que llegan en particularidad de utensilio para esta operación es al puchero de barro con agujeritos en el fondo; de modo que tienen que revolver las castañas mismas dejando quieto el puchero: por otra parte, el tamboril se ideó y adecuó al fuego de llama ó lena ú hogar somero y desaparece con la sustitución de éste por el hornillo de carbón vegetal y la cocina de carbón de piedra ó cok; siendo de advertir también que en el país vasco, tanto por lo menos como asadas, se comen las castañas cocidas, mientras que es muy característica de Castilla la afición á los torraos, sean garbanzos, almendras, avellanas, cacahuetes, etc. Diferencias derivadas de la abundancia ó escasez de agua (y leñas) y que repercuten en diferencias de ejercicio de quijadas.

El *candil* es casi igual á la «candeia» portuguesa y «lampe» francesa figuradas en algunos artículos etnográficos (1): hé aquí una falta de originalidad, dirán desilusionados los que desean encontrar en todo lo nuestro rarezas y á continuación añadirán; hé ahí uno de los síntomas del aislamiento y atraso en que han vivido los vascos, que para nombrar

(1) Rocha Peixoto: Portugalia — II — p. 38. — Bull. de la Soc. d'anthr. de Paris: VII. 4^a ser. p. 615 á 621, fig. 1 á 5.

el candil han tenido la ocurrencia de formar la palabra «krisallu» de crisol, como también de llamar á las parrillas «kriselak». Y aunque resulte «boutade» no puedo, al llegar á este punto, quitar de la imaginación ni dejar de referir el efecto que me hace la extrañeza y hasta escándalo del castellano al oír á los catalanes llamar camas á la piernas; cuantas extrañezas de la misma calaña suele haber en sabios de gabinete. El candil no ha sido sustituido en los caseríos vascos por la tea, que aún se usa en muchos pueblos de España muy lejanos del país vasco, sino por la luz eléctrica; invento al que ciertamente no han contribuido en nada los vascos, pero si trazamos en el mapa la distribución geográfica de los inventos y progresos en la industria eléctrica por localidades de naturaleza de los inventores ó por las en que se realizaron aquellos ¿cuanto alcanza á los países no vascos que á éste rodean, ni á 100 kilómetros? Ni por la inventiva ni por el espíritu progresivo tienen nada que envidiar los vascos á sus vecinos y no hay porqué acordarse de los carlistas al distinguir; si realmente hubiese habido aislamiento y atraso, no serían los causantes los Pirineos, que no son muralla sino corazón del país y, si hay verdaderos deseos de ver países atrasados en la península Ibérica, puede darse un paseo por cerca de Salamanca en las Urdes, país en que ciertamente no se habla vascuence sino castellano y sería poco exacto citar como ejemplo único.

Esaños, bancos ó sillas y mesa tienen también los osetos del Caúcaso, de modo que recordando además, lo que dice Estrabón de los montañeses de la Península, no creo que nos disputen su indigenado. En cuanto al cedazo y tamiz, cestas y canastas me parece el problema más bien lingüístico que etnográfico, tanto más cuanto que á esta industria se dedican en el país los gitanos, cuando no tienen ocasión de otra más lucrativa.

El estudio etnográfico del arte de trenzar, enzarzar ó empeñar, de las *redes* y de sus diferentes *nudos* lo propuso el Prof. Schuchardt en 1902 (1) y acerca de ello se ha publicado en 1907 una obra (2) que no he tenido ocasión de leer; pero difícil me parece que consigne datos del país vasco, por lo que sería útil el estudio de esta cuestión en la costa cantábrica y en la levantina y la comparación entre ambas y con lo que dicha obra y otras de que no tengo noticia digan. (Véanse en las figuras 2^a, 3^a y 4^a el instrumento «orratza», el nudo hecho con él y las mallas de la red en el país vasco).

(1) Globus LXXXII, nº 20.

(2) Lehmann: Systematik u. geogr. Verbreitung der Geflechtsarten: die hauptsächlichsten Arten von Knoten. Leipzig. Teubner.

IV

Afición á la vida campestre y pacífica revelan vascos y alemanes en Sud-América y en su país están aquellos habituados á vivir en *caserías* diseminadas, como éstos á Poniente del Weser hasta Gerolstein (junto al Luxemburgo) y los países antiguamente célticos hasta los Vosgos, el Jura y los Alpes (los Maiensaesse de Suiza), hasta Carniola y Estiria, así como en Serbia su Sudoeste; en el país Vasco se nota la desaparición, ó por lo menos disminución, de esta población diseminada y mayor semejanza con el lugar castellano desde el Roncal, Agorreta, Burunda y Alava hacia el Mediodía, como también al pasar de S^{te} Engrace á los primeros pueblos bearneses en los Pirineos.

Los caseros vascos en general son mucho menos trashumantes que los pastores de Castilla y León, ni siquiera como los roncaleses, que mandan á sus hijos varones ó sus criados el verano al Pirineo y el invierno á las Bárdenas de la Ribera; y solo dentro del propio término municipal veranean algunos goyerritarr por ej. en Aralar ó en Urbía en familia, como los pasiegos van de *braniza* (éstos dan más trascendencia á tal acto, pues la braniza es de dos pisos, uno cuadra y otro habitación) y los vaqueiros de alzada en Asturias se trasladan á las *brañas*.

En el caserío vasco la frecuencia de vientos y chaparrones obligan al ahorro de tejados parciales, no quedando aparte apenas más que el *horno* («labe»), en lo cual además de otras cosas se ve ya una diferencia esencial con el cortijo andaluz, la barraca valenciana y el manso ó mas catalán; distinciones semejantes se han encontrado al hacer el estudio de la casa aldeana en otras naciones de Europa, por lo que estas comparaciones (paralelismos) etnográficas no nos han de indicar grandes unidades étnicas, debiendo estudiarse las diferencias en cada región europea.

Que los berberiscos vivan en casas de piedra no es semejanza, como quiere el Dr. Karutz, sino más bien diferencia con los vascos, pues todos los que con alguna escepción han estudiado la casa de éstos han visto que en su arquitectura interviene muy principalmente la madera; por otra parte, que los mingrelios del Cáucaso vivan en cortijos amurallados tampoco me parece constituir una semejanza, aunque ésta se quiera establecer con las casas-torres de los banderizos.

Sí me parece característico que el granero se halle en el desván (como en las márgenes del Weser) y no en *hórreos* como en Asturias, Carintia y Carniola sobre pegollos de cal y canto, ó como en Asia menor, ainos al Norte del Japón, lapones y el Africa negra sobre estas; sin embargo, Azkue indica tal significado para la palabra «garay».

En silos como en Castilla y el Norte de Africa no podría ser por las condiciones del clima.

A los estudios de O'shea (1) y Guimón (2) les falta el hábito vivificante de la comparación; pero por mi parte creo deber dejar completamente este asunto á personas más competentes, limitándome á indicar que la cubierta es muy inclinada en Valencia y Oceanía por la naturaleza de su material y lo es también por uno ú otro motivo en la casa germana, en razón de igualdad, ó por lo menos en la de $\frac{1}{2}$ á 1 hasta el Béarn, Canfranc, Isaba, Espinal y Roncesvalles con tabletas (olia) y en la casa alemana de hoy, achatada en razón de $\frac{1}{3}$ en la italiana y de $\frac{1}{4}$ en la griega, entre las cuales varía la inclinación de los tejados vascos y también es achatado el del Midi francés desde Toulouse á Lyon, el suizo, el bosnio, el de los Kumykos del Daguestán (Caúcaso) y Tuschetia y el de los berberiscos, que casi es una azotea. La casa de los altos Pirineos (Gavarnie) tiene dos paredes laterales que sobrepujan á la techumbre y son escalonadas, mientras que la fachada es rectangular como la de Santander y Bosnia (á juzgar por lo poco que he visto); en cambio la suiza y tirolesa, como en general la vasca, tienen el caballete perpendicular á la fachada y el tejado con mucho alero. Solana como estas y la santanderina tiene la de los Kumykos; la chimenea no suele estar en el extremo del caballete sino en la parte más baja del tejado. La cuadra ó establo está en la casa, á veces en comunicación con la cocina por unas ventanas para dar de comer á las vacas, como también sucede entre los berberiscos; pero siempre hay escusado en el otro piso formando un vano ó saliente y no hay necesidad de ir como en la mayor parte de los pueblos de Castilla á la cuadra, al campo ó á la calle.

Por la influencia tan grande que tienen el clima y la abundancia ó escasez de un material determinado en la arquitectura han renunciado muchos á buscar en ella rasgos étnicos, prefiriendo hacerlo más bien en la ornamentación y el ajuar; pero si se tiene cuidado de hacer las comparaciones dentro de límites climatológicos bien determinados que abarquen á pueblos distintos, como la costa cantábrica desde Galicia hasta Biarritz, es de creer que la comparación fuese fructífera.

V

De los aperos de labranza se ha descrito varias veces la *laya*, pero no se ha buscado análogo en otros países; la de Centro-América y Sud de Chile no sabemos cómo será.

(1) La Maison basque. Bayonne, 1897.

(2) El caserío: Euzkadi, IV, nº 9. Bilbao.

El *arado* es un apero que en Africa no va más allá del Sáhara y Abisinia y en Oceanía hasta Sumatra y Celebes, pero muchos negros sin arado labran su tierra mejor que los abisinios con él; es muy primitivo en algunas tierras muy ligeras de Busturia (Vizcaya), en Auvernia, en Bosnia y en Lüneburg (Alemania), donde llaman «zoche» á este arado para tierras ligeras. En vascuence se llama el arado en general «golde», pero se distinguen: el de una púa = nabar, eiza, adareta; el de 3 = arraseide, iru-ortz; el de 4 = nabasai, marka, lau-ortz; el de 5 = bost-ortz (Fig. 5ª), parecido al húngaro y al rastrillo de Borgoña y el Delfinado, tiene las puntas de los dientes hacia delante y con filos de lado á lado; puede tener también 7 ó 9 y como el de 5 llamarse «besabe, burdiñara, tragatz, charran, itailla, matraza», así como el que sirve para el lino se llama «charrancha»; el de 16 à 24, que sirve para desbrozar é igualar = arre, are, ara, así como el rastrillo «eskubare».

La *hoz*, en vascuence «igitaia», distinguen en Cataluña con el nombre de «falç» la que tiene dientes y «volant» la que no los tiene, ambas de uso corriente y de venta en las tiendas de la gran ciudad de Barcelona, sin que haya porqué acordarse de los berberiscos en el estudio etnográfico de la primera, que se usa en muchos países europeos y la he visto en Lauquiniz (Vizcaya); la estudian circunstanciadamente Schuchardt (1) y F. Adolfo Coelho (2) y á ella me he referido en otra ocasión (3).

Dice Coelho (4) respecto de los aperos que «en lo esencial se parecen mucho en los pueblos indo-europeos, semitas y camitas y remontan á una antigüedad muy grande, á los tiempos prehistóricos, por lo menos los más importantes. Los progresos más considerables se realizaron por la aparición de la metalurgia del hierro. Los aperos portugueses revelan dos hechos, el carácter eminentemente arcaico de las formas conservadas y una escepcional preponderancia de la terminología romana. Este segundo hecho *no prueba necesariamente que aquellos sean de origen romano*; prueba sí la profundidad de la *romanización por el lado de la lengua*. La conservación de formas muy antiguas de arado, la conservación del «trilho», de la hoz dentada, del carro chillón, bastan para probar el apego á la tradición en la técnica agrícola de los pueblos peninsulares; por este aspecto excedemos á todos los demás de Europa». Nuestros latinizados, convertidos en lacayos de la literatura

(1) Globus, LXXX, p. 181, etc.

(2) Portugalia, I, p. 635, etc.

(3) La hoz dentada y la moda africanista: Euskal-erria, XLVI, p. 1.

(4) Portugalia, I, p. 649.

latina, verán el primer hecho en su país como defecto y el segundo hecho, cuando exista ó lo supongan, no lo interpretarán á la manera de Coelho y, si á ello se avienen tratándose de aperos y en un país con idioma romance, serán incapaces de comprender que también puede haber romanización por el lado de la lengua en un país con idioma euskera sin que el objeto correspondiente á la palabra romana sea de origen romano, sin que esto constituya un hecho aislado y sin que haya porqué limitar esta interpretación á los objetos materiales.

De las plantas sabemos por Larramendi (1) que Gonzalo Percaiztegui de Hernani fué quien introdujo el maíz y hablando del *pan* hace la advertencia de que en vascuence no se le llama cocido, sino asado, lo cual no supone diferencia en el procedimiento de fabricación, sino más lógica en el idioma. Apesar de ser grano americano tiene el maíz nombre indígena, que se explica por haber venido á sustituir, como en muchos otros puntos de la Península ibérica y otros países, al *mijo*; ello se vé bien claro en la aplicación de este último nombre en gallego, portugués, etc., al maíz y en el vascuence «artochiki» que hoy se aplica al mijo (2). Parece que no conocían el mijo los guanches de Canarias y sí los neolíticos suizos (según, Joly) y los mogoles y era el cereal primitivo de los arios (aquellos que en la mitología del siglo XX llegan por lo menos á la categoría de semidioses) antes de la domesticación de la vaca según Hahn.

Desconoció Humboldt esta sucesión de mijo á maíz y no se le ocurrió otra manera de buscar el significado, anterior al descubrimiento de América, de «arto» que relacionarlo con un dicho de Estrabón y con el nombre «arte» de la encina, suponiendo que los primitivos vascos comían pan de bellota; pero ni entre «arto» y «arte» hay más relación que la que pueda haber entre «garo» (helecho) y «gari» (trigo), ni el nombre de la borona se había de derivar del del árbol sino del del fruto (que no es «arte» sino «ezkurra»), ni en el país vasco hay bellotas dulces ó comestibles, ni Estrabón nudo referirse á los vascos hablando de quienes comían bellotas, sino á los antecesores de los extremeños y manchegos actuales, que en esto, como en algunas otras cosas, conservan usos y costumbres de la antigüedad (3).

Respecto á la bellota dejo á la consideración de los lingüistas, si así como en las lenguas románicas pasó la palabra *nuez* probablemente del

(1) Corografía de Guipúzcoa.

(2) Lacoizqueta: Dicc. de los nombres euskaros de las plantas. Pamplona. 1888, p. 170. — Lope de Ysasti: Compendio historial de Guipúzcoa, 1625, p. 173.

(3) Aranzadi: La flora forestal en la toponimia euskara. San Sebastian: impr. de la Diputación. 1905, p. 6.

significado de avellana al que hoy tiene y en vascuence se considera derivado «inchaurrea, giltzaurra, eltzaurra» de «urra», así también «ezkurra» (1) se podría derivar de «urra», en cuyo caso la *avellana* sería cosa más primitiva entre los vascos, en cuanto á su conocimiento comparada con la nuez, lo cual no extrañará á quien los suponga pirenaicos de tiempo immemorial, en cuanto á su estimación comparada con la bellota, lo cual no está en contradicción con los gustos actuales del mundo civilizado.

Otro problema lingüístico y botánico es el de la *castaña*, pues se insiste en que este árbol es indígena y en que la palabra procede de la fruta que llevó Xenofonte de Armenia á Grecia; es cierto que añaden se trataba de una variedad más sabrosa y que las castañas que hasta entonces hubo regoldanas en Europa no tenían estimación y por lo visto tampoco nombre en ario. Así mismo es el *haya* árbol indígena y sin embargo su nombre «pago» parece latino; si en vez de referirse á una especie determinada y montaraz por más señas, expresase una idea general, abstracta ó referente al espíritu ó un alto grado de civilización, poco que la hubiesen zarandeado los filólogos de la escuela clásica. No estará demás consignar que á Dinamarca no había llegado todavía en los tiempos prehistóricos del hierro ni anteriores y que en Roncesvalles donde hoy abunda, á juzgar por el nombre vasco de esta localidad, debió haber antes más bien abundancia de enebros.

Que la *avena* tenga nombre indígena (olo) y aparte de que no la conocían los guanches de Canarias, lo cual no hace al caso, no se haya encontrado en las estaciones prehistóricas europeas es también otro problema, que sin embargo no se debe resolver sin tener en la memoria lo que ha pasado con el maíz; aquella se supone originaria de las estepas rusotártaras, como el *ajo* y el *rábano*, que también tienen nombre propio.

Nada tiene de extraño para los que no nos creemos pieles-rojas ni ogros trasplantados ni atlantes supervivientes de un continente sumergido el que tengan nombre propio la manzana, pera, ciruela, mora, fresa, arándano, uva, berza y nabo; pero sí que lo tenga de origen latino la cereza, como en alemán. En cuanto al higo, olivo, lechuga, puerro, cardo, espárrago, melón, calabaza, perejil, ajeno, espliego y otras muchas por el estilo no he tenido ocasión de averiguar si en rifeño tienen nombre indígena; si alguna de ellas lo tuviese, otro argumento más que nos lo presentasen sus descendientes con zaragüelles enfrente de nuestros agrios aires del Norte, pero no sé lo que á estas cosas dirían

(1) Ibidem. p. 17.

Gabelentz con su manía africanista y Uhlenbeck haciendo pasar el griego «erebinthos» al castellano *garbanzo* al través del vascuence.

Es de notar que el vino de uva tiene nombre primitivo y la *sidra* derivado, aunque indígena; cierto que el país actual del vasco no es completamente impropio para hacer *vino* y no creo que se deba tomar á presunción el decir que el *chacolí* puede ser tan bueno como el Burdeos. El descuido en la preparación de este y aquella no indican atraso propiamente dicho, sino degradación por la preferencia dada á vinos más fuertes y por el despego de las clases pudientes hacia las industrias agrícolas; no hay tampoco aquí efecto de aislamiento.

VI

El animal, cuya domesticación es mas antigua y universal, es el *perro*. En un trabajo acerca de la ascendencia del de San Bernardo, el prof. Kraemer (1) relaciona el de los Pirineos, para él vasco, con el del Tibet (variedad chica) no sólo lingüística, sino también corporal y por consiguiente genéticamente, como el hombre vasco con el dravida; pero a propósito de este último nombre he de, advertir que bajo el rótulo de dravida se han encajado más tonterías y disparates, si es posible, que con el de vascos, de manera que al leer esta palabra no sabemos lo que se quiera decir y aconsejo á mis lectores profanos en estas cosas que no se fien de ninguna obra de las que corrientemente se suelen consultar para salir de apuros erudicionales.

El ganado que más ha hecho ganar al hombre en cultura por lo que ha contribuído á mejorar y asegurar su alimentación, desarrollar la agricultura y afincar la residencia, aumentando la sedentariedad de los pueblos, el más estimado en las montañas cantábricas, alpinas y caucásicas, entre los baskhires del Ural, en Indostán y en Egipto, desconocido en Canarias y América hasta que en grande escala lo importaron los españoles, no indígena en el Africa según la mayoría de los autores y de importancia secundaria en las parameras por lo extremo del clima, no prosperando más que en aquellas en que durante la estación veraniega puede remontar, es el *vacuno* (2). El del Norte de la Península Ibérica avellanado ó colorado (gorri) supone Cabrera (3) derivado del *Bos indicus*, reducido solamente al Norte por la emigración de los cristianos cuando la invasión agarena (afirmación un tanto gratuita) y el castellano de hoy sería descendiente de toros bravos monteses y estos

(1) Globus LXXXV. p. 187.

(2) Ratzel: Volkerkunde II, 540.

(3) Actas de la Soc. españ. de Hist. nat. 1904.

del Bos primigenius. Por su parte Kaltenegger (1) relaciona en los Alpes la vaca zaina (del Bos brachyceros) del Sudoeste de Europa y Norte de Africa con los hombres tiroleses dolicocefalos; la jabonera, braquicefala y esbelta del Sudeste de Europa (del Bos primigenius) con los hombres turanios ultra braquicefalos, la berrenda en colorado (del Bos frontosus) con los hombres mestizos del Norte; la sarda, morena con rayas grises, amarillas ó herrumbrosas con los hombres italianos. Sanson (2) cree que la vaca africana procedente del Egipto es idéntica al Bos asiaticus, bien armado, retinto y de hocico estrecho, que es originario del Cam-bodje, se extendió por las estepas de Asia y Europa hasta Italia y Sudeste de Francia, sin que tenga nada que ver con el zebú. Hé aquí un problema para que los aficionados á cuernos demuestren, siquiera de alguna manera, que son capaces de labores intelectuales á la europea; en otro caso tendríamos que considerarles como la hez degradante de nuestro pueblo. Y sigamos sudando sin esperarles, que habría para rato.

Con el ganado vacuno se relaciona un objeto de cierta importancia etnográfica, pero que ha sido muy poco estudiado; el *cencerro*, que se vende en las tiendas elegantes de Biarritz adornado con un lazo de los colores de la bandera española, ignoro qué diferencia presentará con los de otros países peninsulares y por consiguiente sus relaciones mayores ó menores con el de la Selva negra, el bosnio, algunos de las francones y suizos representados en el estudio de Hörmann (3). A diferencia de las campanillas y cascabeles los cencerros, que en el pastoreo se usan desde la Escandinavia hasta el Africa, se hacen con chapa de hierro, de latón ó de cobre (en algunos puntos de Alemania de hojalata desde de la Edad media) cortando una tira, doblándola por mitad, haciendo un encaje ó muesca al dorso y soldando ó remachando los dos lados; los que yo recuerdo del país vasco (Fig. 6ª) son del 2º tipo de Hörmann (más entrecos por la boca) ó del intermedio (igual anchura arriba y abajo mirando de frente), quizás también del 1º tipo; del 3º género (más largos que anchos), con silueta exagonal ó cuadrangular. El asa en alambre ó en fleje de hierro se remacha ó sigue por dentro en alambre para sostener el badajo en forma de barra ó de clavo, colgado directamente ó con correa: es aquella en arco de medio punto, ó rebajado (como el nuestro) cuando ha de pasar por correa, ó escotado cuando ha de sujetarse, con el cencerro de frente en vez de perfilado, en dos correas, como sucede en Franconia y Turingia, que se ensartan en un «kam-fen», en tirolés «kampen», de madera curvada, palabra aquella que

(1) Correspondenzblatt für Anthr. XXV. 126.

(2) Bull. de la Soc. d'Anthr. de Paris, 1894, nº 8.

(3) Globus LXXXIII. p. 33.

para Hörmann supone origen suebo: por mi parte he de recordar que «campa» en el Trentino son los palillos para sujetar al cuello el yugo latino, que «cambas» se llaman desde Reinosa á Portugal las piezas curvas ó en comba de las ruedas de los carros y que «canga» en gallego y portugués es el tronco ó árbol principal del yugo. Si el litigio fuese entre el euskera y el latín no dudarían los filólogos en rechazar todo fundamento de indigenado; pero el suebo, como cosa de arios invasores, que llegaron á fundar un reino en Galicia con no tan mala fama como la de los vándalos, ya les parecerá más para tenido en cuenta, por aquello de que los sabios también respetan el chafarote ¿Y cómo no?

Tratando de cencerros y para que se vea la importancia práctica que tienen, recordaré aquel juicio oral aporósito del hurto de una vaca juicio en que los testigos habían de declarar acerca de la propiedad de la vaca mediante el reconocimiento del cencerro; tales ensayos hicieron con los que había sobre la mesa que el juicio se convirtió en *cenrerrada*. Así se llama en España á lo que los franceses «charivari» y es muy frecuente en muchísima parte de la Península muy lejos del país Vasco cuando se casa algún viudo, ó también algún viejo con doncella joven: así pues resulta ridículo que nos la atribuyan como costumbre propia de los vascos y, aunque no es una muestra de civilización, bien podría ser que nos la hubiesen contagiado nuestros vecinos de Levante, Mediodía ó Poniente, como otras que tampoco lo son; en todo caso no es prueba de aislamiento.

La diferencia de destino en el ganado vacuno, los pasiegos el novillo para cebar, la vaca para trabajar y criar, los vascongados el buey (capado) para trabajar, la vaca para criar, es diferencia en relación con la importancia relativa de la labranza y la carnicería; pero es de advertir ha habido tiempo en que los capadores que recorrían el país con la flauta de Pan eran todos bearneses como los carniceros y curtidores. Recordando aquello de que el pueblo que ha sido esencialmente pastor no suele servir para labrador, vemos acumularse los indicios de que el pueblo vasco nunca fué puramente nómada y pastoril y no tiene el más ligero resabio propio de haber tenido por patria nunca una paramera; tampoco se vé en él síntoma alguno del horror oriental (desde la mitad del Asia menor) al *cerdo*, como Broca malamente inventó para explicar á su manera el nombre de Zarauz, ni de otras limitaciones irracionales en la comida, que hacen á ciertos escritores extrañarse de que comamos *jibiones* en su tinta, *percebes*, *caracoles* y *almejas*, *camarones* y *angulas*; tampoco tenemos repugnancia ó respeto á la carne de vaca como en algunos pueblos de Almería, ni á los sesos y la sopa de ajo como los ingleses, pero tampoco la afición desmedida de los hombres del Norte á la mostaza ni de los del Mediodía á la pimienta. Lo que no falta en la

inmediación de la casa es un *laurel* (ereñotz), con cuyas hojas aderezar las salsas y con el *pimiento*, planta de origen americano, nos permitimos quizás el único picante, sin perjuicio de comerlo también dulce. A diferencia de los andaluces nos lleva la cocina mucho más dinero que la bodega y la rama colocada sobre una puerta, que es muy general en Europa sirva de anuncio para vino ó cerveza, en nuestro país anuncia el chacoli ó la sidra, pero con los tragos también los bocados del «amarretako» ó «amaiketako» y de la merienda, que no son las simples aceitunas aliñadas de las once, las cinco ó las tantas andaluzas, ni el pan salado ó con cominos de los alemanes ni ningún otro pretexto para dar sed, sino guisos idénticos á los de la comida ó la cena. Alguna característica por el estilo debió de ser la que motivó que al regimiento de Covadonga en Alcalá de Henares, en un tiempo en que había muchos vascongados en él, le diesen el nombre de regimiento de la carne.

VII

En el día de hoy nada puedo añadir todavía á mi estudio acerca del *yugo* (1), solo sí que en periódicos españoles he visto artículos en que se recomiendan yugos franceses más imperfectos que el vasco. Respecto del carro puedo ampliar lo que expuse anteriormente (2) con algunas noticias ó ideas de Alfred C. Haddon (3) y otros autores.

En Alava llaman á la ruedas «chirrones», siendo así que el que chirria es el eje, y á los tarugos ó peines que retienen á este y le hacen chirriar llaman «zarratones», de zarra = tranca.

Nos cuenta Hamilton (4) que «en 1823 en el Noroeste de Irlanda no había más medios de transporte que los caballitos y sólo algunos ricos tenían una especie de carretoncillo por el estilo del que hoy usan los albañiles, aunque con 2 ruedas en vez de una; el primer carro que llegó á la vista de aquellos isleños lo calificaron de elegante, pero inútil». Nogales nos contaba no hace mucho que medio siglo despues de aquella fecha los arrieros de un pueblo andaluz (prov. de Huelva) se resistían á la sustitución del burro por el carro, que era una cosa no conocida allí hasta entonces.

Tylor (5) dice que el carro chillón «se ha conservado por lo escabroso

(1) San Sebastián: imprenta de la Diputación, 1905.

(2) Archiv. für Anthr. XXIV. — Euskal-erria XXXVI. 506.

(3) The Study of man. London, 1898.

(4) 60 years Experience as an Irish Landlord 1894. p. 47.

(5) E. B. Tylor: on the origin of the plough and wheel-carriage. Journ. of the anthr. Inst. X. 1880.

de los caminos en que es conveniente, barato y fácil de reparar; á su sistema de eje fijo á las ruedas se ha recurrido en los wagones de tren y tranvías, pero en cambio el otro sistema es mejor para ruedas delgadas y caminos llanos ó reales, dando más ligereza, más facilidad para las vueltas».

Virgilio (1) describe los «stridentia plaustra» con sus 2 tambores ó ruedas macizas y á ello corresponde también el $\alpha\mu\alpha$ griego; cita además Haddon con ruedas parecidas al carro de las Encartaciones de Vizcaya y de Manchuria uno de la colección Campana y otro, pintados en vasos antiguos, alguno del siglo 6^o antes de Jesucristo, otro con las dos rejas curvas etrusco de la mitad del siglo 5^o ó más antiguo y otro del Norte de Italia sin nada de metal. También se le parece el de los dungans y sarts (Asia). A uno ú otro de los carros chillones montañeses se parecen también el del Asia menor, el filisteo, el de Formosa, el cingalés, el tártaro, el filipino (2), el que se uso en el Norte de Escocia hasta 1730 y en Irlanda hasta 1791. Por si el día de mañana algún etnólogo extranjero que llegase hasta San Sebastián pensara en atribuirnoslo, he de decir que el *carromato* de 2 enormes ruedas tirado por reata de mulas enganchadas una tras otra y hermano carnal de la tartana de Levante es aragonés y castellano; aquel con su desmesurada carga sobre 2 solos puntos de apoyo contribuyendo mucho á destrozarse las carreteras y relativamente poco á los gastos de reparación, la otra dando lugar á muchísimos accidentes á juzgar por el sin número de exvotos que hay en la iglesia mayor de Elche. El eje en Soria también está fijo á la caja del carro y las ruedas son con radios, pero no se puede imaginar nada más tosco, ni siquiera su análogo el carro bosnio.

Haddon termina diciendo que «investigaciones ulteriores decidirán si las rejas excéntricas del carro cantábrico y antiguo griego son características de la raza mediterránea agrícola y si las ruedas radiantes se inventaron ó introdujeron en Europa por los movedizos pueblos arios» con lo cual se olvida de que también poseen aquel los manchus y otros pueblos asiáticos y de que en la Península Ibérica se limita á las regiones que más resistieron las dominaciones romana, goda y arabe.

Parece verosímil (3) que estos pueblos hayan inventado el carro de vacas independientemente de las civilizaciones mediterráneas y arguye en favor de esto la variedad de formas de ruedas en un territorio tan

(1) Georg. I. 165, III — 536.

(2) Karutz: Globus LXXIV. 337

(3) Euskal-erria, XXXVI, 506.

limitado como es el comprendido desde Lisboa hasta la montaña navarra internándose donde más á 150 kilómetros. No pretendo sostener la teoría de que el carro vasco sea el origen de los antiguos carros asirios, egipcios y griegos; lo que presumo es que descubrieron la idea del carro, independientemente unos de otros, los naturales de las diferentes regiones montañosas y pobladas de bosques de la zona templada boreal del antiguo mundo en su latitud media, que limita con los países mediterráneos y con las estepas del Asia; de este modo la costa cantábrica, el Asia menor y la Manchuria no serían más que restos dispersos, cuyos intermedios hubieron de desaparecer á los impulsos de los pueblos guerreros, que como en Atenas hacia el siglo III antes de Jesu Cristo generalizaron el uso del carro de ruedas radiantes, que á ellos les servía en la guerra é hicieron desaparecer el de ruedas macizas y el de rejas excéntricas, que antes se usaban en Grecia.

De este modo la guerra fué el estímulo, no á la invención del carro de vacas, pero sí á su transformación en carro de caballos y sólo muchísimo más tarde se transformó el carro de guerra ya muy ligero y fácil de virar, fino y artístico en carroza y *coche* para viajeros. Esta palabra vino á Occidente en el siglo XV por Hungría y los chinos llamaban por los años 227 á 264 á los hunos «kao-che» (altos carros) ó «che-se» (ejército de carros), palabras que se aplican en chino á todo nómada (1).

El carro vasco es también muy importante para trasladar el arreo ó equipo de la novia, como también se hace en algunos cantones suizos.

La mayor parte de los serranos y lugareños del interior de España tienen todavía como único medio de locomoción los asnos y mulos (y sólo así se comprende la preferencia de las alforjas al morral) y en Marruecos viajan las moras principales en andas llevadas por una mula delantera y otra zaguera. Antes de la construcción de carreteras era corriente en no pocos países de Europa viajar las damas en artolas y os caballeros á caballo. En cuanto á los demás se dice en castellano:

pa las cuestas arriba
 quiero mi *burro*
 que las cuestas abajo
 yo me las subo.

(1) Zaborowski: Bull. de la Soc. d'Authr. de Paris, 1898. p. 171.

Pero el vasco de buena cepa dice en cambio:

Euskaldun batek	(Un vascongado,
egiz euskaldun bada	si es de veras vascongado,
iru gauza bear ditu:	ha de tener tres cosas:
<i>oñez ibilli</i> bear du,	ha de <i>andar á pie</i> ,
sagardo zalea izan bear du	ha de ser aficionado á la sidra
eta pelotan jakin bear du.	y ha de saber jugar á la pelota).

La *narría* es otro medio de transporte que además de los Vascos poseen los astures, los portugueses en la isla Madeira, los kanakos de Hawaii, los tagalos y los antiguos romanos. Karutz (1) no cree que de éstos la tomasen los vascos «pues sus relaciones fueron de factorías costeras ó de fugaces campamentos; influencia de mayor duración y de tal especie é intensidad, que pudieran producir la importación de la *narría* romana ó el aprendizaje de los vascos por carpinteros romanos, no ha existido apenas en el país Vasco actual. El caso inverso tampoco es posible y no queda más que admitir que la idea de la *narría* se ha formado independientemente en ambos pueblos y ha producido casualmente casi la misma forma, lo cual no tiene nada de extraño, dada la sencillez del artefacto. No cree imposible que á los tagalos se la hubiesen enseñado los vascos, que han sido los primeros europeos que colonizaron las Filipinas; pero no hay necesidad de admitir este supuesto. y en todo caso queda el hecho de su presencia en las islas como apoyo de que las montañas han sido la patria de la *narría*. La vasca no puede con esto pretender su absoluta peculiaridad, pero su forma especial y su empleo como producto indígena, del mismo país en que hoy la vemos la aseguran un interés etnológico, que se eleva todavía más por las importantes indicaciones que nos ha ofrecido en cuanto al origen de este medio de transporte». He de advertir por mi parte que la palabra «Originalität» en alemán no la emplea Karutz, ni puede emplearla, en el sentido de la castellana originalidad, como contrario á copia, pues se contradiría con lo que inmediatamente después añade, ni tampoco en el sentido de extravagancia, sino en otro concepto intermedio que me parece apropiado traducir con la palabra peculiaridad ó como si dijéramos «la exclusiva».

El Dr. Karutz dedica sus párrafos acerca de la *narría* á combatir mi conjetura (2) de que se la haya inventado en las llanuras del Norte y á afirmar que la *narría* vasca pudo muy bien inventarse en las montañas

(1) Globus, LXXIV, 335-336.

(2) Archiv. für Anthr. XXIV.

del país. Tiene razón y yo me equivoqué en mi conjetura, pero de otra manera me ocurrió la idea del origen de la narria en otro artículo que publiqué (1) un año después de escribir el original del anterior y año y medio «antes» de aparecer el de Karutz; en él digo que «hacia el Norte se usa el *trineo*, perfeccionamiento de la narria en países de grandes llanuras y de grandes heladas y hacia el Mediodía en vez de carros se usan para el transporte solamente las bestias de carga y silla, más en armonía con el estado pastoril: nuestras latitudes y nuestras montañas parecen representar el núcleo primitivo de donde irradian hacia el Norte los trineos y hacia las antiguas civilizaciones los carros».

«Kaletarra» de nacimiento y criado en un puerto por añadidura, habitando el otro extremo de la Península cuando escribí aquel artículo en que sólo por incidencia me ocurrió hablar de la narria, no tenía viva en la memoria más que la narria de los puertos. Ya Larramendi distingue «narra» cuadrangular de «lera» triangular, esta última parecida á la rastra de los caseríos asturianos y que no sé si será lo que ellos llaman «abasón» (de «abasar» arrastrarse), especie de carretón sin ruedas; pues es de advertir que en el Inverness (Escocia) se usaba en 1754 un carretón sin ruedas, cuyas 2 lanzas arrastraban solo por la punta trasera, como también en Gales en 1864 y en Irlanda (valle de Antrim) el llamado «carr sliunain (2) en 1898, así como en Bozen (Tirol) un carro que tiene por delante 2 ruedas bajas y por detrás arrastra sus 2 adrales solamente por su extremo (3).

Por otra parte nos dice Azkue (4) que en el Labourd, Baztán, Lesaca, Salazar, Tolosa y Cegama llaman «lera» á la narria y en Arratia á la inclinación vehemente de ánimo; en Vizcaya, Guipúzcoa, Labourd y Roncal «lerr» al reventón y en Salazar y el Roncal al pino; en Marquina «lerdatu» es aplastar y en Andoain, Orio y Tolosa «lerdekatu» apelmazar, calcar ó apisonar con el pie; en Baigorri «leria» el columpio; en bajo-navarro, labortano y suletino «lerra» resbalón; alto-navarro «lerra azi» hacer resbalar; en Baztán, bajo-navarro, labortano y suletino «lerrakor» deslizable; en Vizcaya «lerren» esfuerzos grandes, «lerro» hilera ó rango. Dice también que «narr» en Vizcaya es narria; en Araquil «nardai» pedazo de cadena con su herrón en la lanza para arrastrar maderos, en Vizcaya y Guipúzcoa palo (de fresno) que se aplica á la pértiga de la narria para arrastrar piedras, made-

(1) Euskal-erria, XXXVI. 506, etc.

(2) Haddon: loco citato, p. 164.

(3) Achleitner und Ubl: Tirol und Vorarlberg.

(4) Dicc. vasco español francés, 1905.

ros, etc., en Arratia palo que sirve para estibar poniendolo sobre la carga del carro; en Vizcaya «nardaka» esteva del arado y pértiga de la narria más pequeña que «nardei» vara del arado; en Vizcaya y Guipúzcoa «narra» arrastramiento y en Marquina movimiento; en Chorierra «narrarri» piedra de pruebas; en Gaintza, «narrabide» sendero por donde se acarrea helecho; en Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra «narras» arrastrado, abandonado, desaliñado; en Arratia y Orozco «narras egin» correrse la tierra; en Vizcaya «narraz» jugar á resbalar por un plano inclinado y en Elorrio arrastrando; en Vizcaya «narrazko» especie de narria para acarrear helecho, piedra, etc.

Es decir, una diferencia más bien dialectal que de objeto, lera en Guipúzcoa, Navarra y Labourd, narra en Vizcaya.

No entrare en disquisiciones sobre la prioridad del pino, ó del resbalón, aplastamiento ó reventón, en la formación del nombre del artefacto; pero en cuanto á la palabra «narra» nos encontramos con que en alemán hay «narte» por trineo y ello coincide con otra cosa muy extraña y es que bobo se dice en alemán «narr, narre» y en guipuzcoano «narra» (alto-navarro «narkeria» tontería).

En el carro chillón, para retener al eje, hay en cada adral dos cuñas ó peines (en vascuence orrasiak), en asturiano «treitorias ó trechorias» y precisamente se llaman en León «treitorios» las *trecheras* ó derrumbaderos de 30 ó más grados de inclinación para troncos, llamados *trechones*, y llaman «treita» (1) al haz de ramaje que les sirve de freno en la bajada. Este resbalamiento pensé que fuese el origen de la narria y así decía (2) que «aumentando el terreno cultivado y disminuyendo el bosque, las maderas necesarias había que ir á buscarlas á cierta distancia en el monte, desde el cual se dejaban resbalar y rodar por la pendiente, hasta que llegando á una llanada era preciso arrastrarlas. Para el arrastre se comprendió que podían muy bien servir los bueyes, siempre que se pudiesen sujetar á sus cuernos, por medio de correas ó liras de corteza, los trechones; muy pronto se pudo caer en la cuenta de que encima del tronco se podría llevar, de un sitio á otro una carga, que en vez de apuntarla á cada paso era mejor poner dos trechones

(1) De aquí vendrá quizás la «treta» del castellano y de la trechera la «retrechera», que es la persona que usa de artificios para eludir la confesión de la verdad, ó de zalamerías para atraer, que apunta pero no da, como dicen del reloj de Pamplona; por degradación social ha llegado en muchos sitios á usarse tal palabra como galantería, de la misma manera que hay bastantes madres castellanas que como frase de cariño dicen á su niño «sin vergüenza» y en Cuba se dice como elogio «qué sinvergüensita es usted».

(2) Euskal-erria, 10 junio 1897.

paralelos y sobre los dos la carga y que estos dos trechones se gastaban y alisaban por debajo al resbalar; de aquí nació la narria, que llegó á tener mucha importancia en los países de grandes llanuras, que se hielan en invierno, originando los trineos.

Karutz dijo también (1) que «la idea del trineo, naturalmente que no típicamente vasca, se le ocurre á cualquier hombre al resbalar troncos de árbol en todas partes en que la calidad del terreno produce las causas naturales del resbalón, es decir, en la montaña. La primera construcción intencional del trineo debió imaginarse en los montes, donde el cauce seco de los torrentes no podía hacer pensar en más cómodo transporte sobre sus cantos rodados. Poco después, ó al mismo tiempo si se quiere, fueron favorables á su invención las condiciones climatológicas de las tierras boreales, en que el hielo y la nieve cubrían ríos, lagos y valles y el suelo helado forzaba al hombre á avanzar más bien deslizándose que por pasos y luego le incitó á imitar este movimiento involuntario de los pies ó de los troncos arrastrados por el viento; pero la utilidad del trineo no existió hasta la domesticación del perro ó del reno como bestias de tiro, mientras que la narria en la montaña tenía ya ventajas esenciales como narria de mano. Así, pues, debió inventarse antes en la montaña que en la llanura.»

La trechera ó resbaladero para la leña en los montes suele muchas veces ser la quiebra de un torrente, al pie del cual en tiempo de abundancia de aguas flotarán los trechones y con ellos se formarán las *almadías*, que tripuladas por intrépidos montañeses enfilen las foces ó gargantas, sorteen los escollos y salten las presas por el plano inclinado á ello destinado hasta llegar á los grandes y mansos ríos, por donde siguen á cargo de otra tripulación ribereña, que cantará á grito pelado sus heroicidades.

VIII

De las *lanchas* de pesca, que se construyen y emplean en la costa vascongada muy poco diré, pues estoy muy poco ducho en su tecnicismo; pero apesar de ello hube de escandalizarme al ver en cierto semanario de gran circulación en España una lancha, que según el texto había de ser de Ondárroa y en realidad por su mucha manga y por sus remos cuadrados era del puerto de Barcelona ú otro mediterráneo. No sólo su mayor esbeltez, sino también su velamen distingue ya á primera vista las lanchas cantábricas de las barcas mediterráneas y uno y otro motivo las aproxima en cambio á otras más septentrionales, no precisamente á

(1) Globus: 3 Diciembre 1898.

las barrigudas holandesas, sino á las de los wiking ó normandos. Las palabras babor, estribor, mástil, estay, escota, estrovo, tolete, quilla y otras más, que dejó á la consideración de los filólogos, indican claramente la influencia de los hombres del Norte en la marina castellana. No sé dondó ví las siguientes medidas de nuestras lanchas en pies: 36 $\frac{2}{3}$ de eslora, 34 de quilla, 8 $\frac{1}{2}$ de manga, 3 $\frac{1}{2}$ de altura (la sardinera 28, 26, 6 $\frac{1}{3}$, 2 $\frac{10}{12}$ respectivamente); mayor de 35 y trinquete de 26 ó 12, ó en vez de éste el burriquete de 16 ú 8; vela con grátil de 16 y pujamen de 28, entena de 20 y relinga de 30.

Los remos con estrovo y tolete ya los conocen también los ainos al Norte del Japón y representan un gran progreso comparados con los de las canoas de los negros, oceánicos y americanos; sería digno de notar si la sustitución del timón por un remo, como nuestros patrones, la acostumbra también los de las lanchas de los mares del Norte de Europa ó no; en las de 15 metros de eslora se alejan los nuestros 500 millas mar adentro.

El estudio etnológico comparativo de la *marina* vasca, gascona, asturiana, gallega, portuguesa y levantina, con las de los países latinos en general y con las de los hombres del Norte sería indudablemente muy fecundo. Aunque á primera vista parezca extraño traerlo aquí á cuento, he de recordar por la importancia del instrumento para los carpinteros de armar que el barreno en vascuence se llama como en inglés, «gimbeleta».

Sucesiva ó simultáneamente con el estudio etnológico comparativo de la marina convendría hacer también en los archivos de las diferentes naciones el histórico documentado de la pesca de la *ballena* y el bacalao por los vascos en los mares del Norte. desde el 875 según Pastorín y Nacher y M. Lyders en las islas Feroe, en 1412 en Islandia y 1535 en Terranova y Groenlandia según Goyetche (1); 1610 en que Inglaterra envió la primera expedición á pescar ballenas con seis peritos españoles, empezando á verse estorbados de mala manera los vascos por los ingleses y holandeses en 1617, hasta que á fines del siglo XVII, después de meterse como cuña entre guipuzcoanos y labortanos, los ingleses les desposeyeron y expulsaron (2). Con lo que se podría decir que así paga el diablo á quien bien le sirve.

Por lo que hace á la pesca del bacalao cuenta el mismo capitán de navío de la Armada Española (2) que «bajo el pretexto de guerras y por consejo de Garcia de Toledo se prohibió en 1757 la salida de todo

(1) St-Jean-de-Luz historique et pittoresque, 1856.

(2) Pastorín y Nacher: Les Pêcheries en grand Océan. Trad. par Henry Léon. Biarritz, 1902.

navío para Terranova; de esta manera y por el solo hecho de obrar en el momento de la partida para la pesca de altura y de apropiarse los navíos que á ella se destinaban, el rey encontraba escuadras, tripulaciones y armamentos en el momento deseado y con gran comodidad y ab irato. Está pues probado que aquellos (los vascos) fueron excelentes pescadores de bacalao y que si ya no lo son es por motivos puramente políticos y administrativos», con lo que el Estado se hizo culpable de que de España salgan todos los años más de 30 millones de pesetas para pagar el bacalao que en ella se consume y añade que «si ya no se puede ir á pescar en los bancos de Terranova, si se podría en los mares de Islandia y Feroe, si tuados 800 y 600 millas más cerca respectivamente y á los que podría acudir á vigilar, como de Francia acude, un buque de guerra». Parecerá muy poco etnológico esto, pero todo ello se hace necesario traer á colación para explicar en que consisten el verdadero aislamiento y estancamiento de los vascos, que los sistemáticos nos achacan como estribillo en todos sus artículos de observación más ó menos directa.

Dice Karutz (1) que «arrastradas las provincias Vascongadas en la decadencia general de España alteran más y más su tipo propio» y termina su conferencia «esperando que el resto de su peculiaridad y de su fuerza resistan todavía largo tiempo á la influencia española destructora y siga siendo un ejemplo resplandeciente de sentimiento y fidelidad nacionales para todos los pueblos y ante todo para los alemanes», quienes por lo visto andan necesitados de tales ejemplos de fuera. No hemos de decirles que también se los damos, aunque no muy lucidos, de aquello de que se lamenta el conferenciante como defecto de sus paisanos; mal de muchos consuelo de tontos y no podemos suponer que sirviera de tal en Prusia.

En las artes de la *guerra* no sé quién escribió que no habíamos producido más que á Zumalacárregui, olvidándose de otros muchos que por mar y tierra, en uno ú otro continente, al servicio de España ó de Francia, hicieron bastante más de lo que supone aquella preterición; y al servicio exclusivo de la política de su país no estuvo tampoco aquel.

Dicen algunos escritores que ni los germanos ni los celtas é italos tuvieron honderos y sí los liguros; hemos de suponer que también los antiguos vascos, á juzgar por las *pedreas* de los chicos.

Parece el *chuzo* un instrumento inseparable de los hiperbóreos, desde el lapón al chukche y se cuenta que en otro tiempo hasta en misa se presentaban con él los vascos. Todavía son símbolo de la autoridad los dos chuzos clavados delante del banco del ayuntamiento en la campa

(1) Aus dem Lande der Basken. Lübek, 1900.

dela romería, así como en muchas ciudades de otros países los maceros con sus mazas y dalmáticas. Los maceros de Bilbao, San Sebastián, etc. son un producto exótico, como los gigantes y cabezudos.

IX

Los vascos no tienen en general por juego ni mucho menos por espectáculo la lucha ó lidia (1), pero son demasiado aficionados á las apuestas; entre ellas hay una que es verdadera lucha ó *pelea* entre *carneros*, como también se hace en el Tirol. Otra muy peculiar á lo que parece es la de *prueba de huellas* y se estilan muchísimas otras; la *pelota*, cuyo origen, greco-latino al decir de los eruditos, no impide que los vascos tengan el mérito de haberla conservado en estimación y haberla desarrollado espléndidamente hasta aquel momento en que degeneró por conversión en espectáculo de contrata y casa de juego; los bolos, en que la bola es muy grande, con un surco para los cuatro dedos y otro menor para el pulgar, á diferencia de la alemana y sobretodo de la santanderina, castellana, la *bocha* navarra y andaluza; apuestas de *carga* como las que nos refiere Yztueta en su Guipuzcoaco dantza p. 179, de *barra*, *salto*, *zanco*, *palo*, *hacha*, de *andarines*, de *versos*, de *regatas á remo*, etc., etc. y en círculo reducido hasta de *comer*.

Respecto de *juegos* de niños y niñas la bibliografía extranjera necesaria para un estudio comparativo sería extensísima y difícil de recopilar; que los niños vascos jueguen á «utz-ala-bete» de una manera parecida á los algonquines, al «bostarri» como los castellanos al tres en raya, los ingleses al «nine men's morris» y Ovidio al «tit tat to», á las tabas que son los primitivos dados y á figuras de hilos, que tengan «ichulapiko» ú olla ciega como los castellanos, italianos y alemanes, nada nos debe extrañar, como el descubrir que tienen cinco dedos en cada mano, de la misma forma y distribuídos de la misma manera que los demás niños y que son capaces de aprender; pero estudiando cada cuestión al detalle se descubrirían semejanzas y diferencias quizás imprevistas.

Que los basutos aplaudan silbando y que los canarios se entiendan á distancia con lenguaje *silbado* tampoco extrañara á los chicos de San Sebastián y Bilbao tanto como á los señores graves de París, Berlín ó

(1) La de toros tiene todas las trazas de contagio, mucho más lamentable de barreras arriba que de barreras adentro, mucho más como escuela de mala educación, de crítica estúpida y de insubordinación irracional que como endiosamiento de un matarife. Digan la que quieran nuestros «civilizadores», muchísimo más compatible con la civilización es el «ezen-suzko».

Londres, á quienes se les cae la baba ante una fumisterie de boulevard. Lo que sí nos extraña es que los alemanes *llamen* con la palma vuelta hacia sí y un solo dedo hacia arriba, pero en cambio nos parece la cosa más natural el cerrar un trato chocando las manos, cosa que Rhamm dice que es de uso general entre eslavos (de donde se deduce que entre germanos no) (1).

La manera de *danzar* es característica en los distintos pueblos y el niño vasco disfruta ya de tal placer antes de saber andar, erguido sobre una mano de la madre, nodriza ó niñera y sostenido del talle por la otra mano de ésta. El árabe mueve principalmente caderas y cintura y su baile es preferente individual y sensual, el aragonés y muchos otros españoles por parejas moviendo brazos y piernas, el catalán de la montaña en colectividad moviendo los pies. El vasco las piernas casi exclusivamente y su danza más importante, el «auresku», no es individual ni colectiva ni por parejas, sino que representa con toda ceremonia y respeto la subordinación á la autoridad popular y de los danzarines en general á los que llevan la mano delantera y zaguera, con toda seriedad y honestidad el valor social del matrimonio, con toda alegría y relativa libertad la formación de todas las parejas. La culada parece como una rapidísima abreviatura del baile de espaldas asturiano.

En cuanto al «bordon-dantza» y otros puramente viriles tienen sus análogos en Castilla la Vieja, de donde no sé que se hayan editado las tonadas, distintas ciertamente de las vascas.

Algunos espíritus metalizados quizás consideren como una prueba de civilización superior el que en Inglaterra según dicen no haya danzas lugareñas; serán de compadecer y es un hecho que las hay en países muy progresivos; no es tampoco cierto que en las aldeas vasco-españolas casi no se baile más que la jota. En los detalles que precisan para comparaciones bien hechas andan muy escasos los narradores; así que al leer al prof. Alwin Schutz (2) que «en los castillos alemanes en el siglo XIII uno cantaba ó tocaba, los otros cantaban estribillo y seguían en rueda al guión, que daba vueltas caprichosas» no sabe uno hasta qué punto encontrar semejanzas; como tampoco se puede decidir por las descripciones de las danzas de Schwalm (Hesse) (3) hasta qué punto se parezcan al «zortziko» y al «arin-arin». Tampoco se formará idea clara del «muchiko», salto vasco y demás danzas del país por las descripciones quien no las conozca por sí mismo. Por cierto que Gerland

(1) Loco citato.

(2) Die Umschau, 1898, nº 22.

(3) Correspondenzblatt für Anthr. XXVI, 129: hay también carro de bodas y las nodrizas son casadas; todo lo cual refiere el autor á restos célticos.

nos dice que el «pas de basque» se ha extendido mucho en las danzas de todos los pueblos cultos europeos (1). ¿Qué será?

X

En lo que se refiere á *instrumentos músicos* hay todavía muchos que no se han enterado de que en el país vasco no hay gaita gallega (la hay en Asturias, islas del Mediterráneo, Italia, Escocia, Flandes, Himalaya y meseta central de Asia), ni de que el pandero, llamado por los franceses «tambour basque», lo es tanto como el fumar en pipa, las alpargatas ó la cencerrada.

El silbo y el tamboril sostienen de la misma mano y brazo izquierdo los provenzales y la dulzaina ó gaita y tambor los castellanos y leoneses, pero el tamboril vasco es más pequeño que el de aquellos y el silbo se sujeta al meñique con una anilla, quedando libres para modular los demás dedos. Ningún autor se ha molestado en estudiar sus diferencias con otros silbos; en cambio describe Karutz (2) el albugue de los pastores de Goyerri y Arratia, que no sabemos si es la «manjureta» que cita Charles Bordes (3) y aventura aquel relaciones con las tibiae geminae de los romanos, sólo porque la cañita derecha tiene tres agujeros y la izquierda cinco (la romana cuatro).

A los durangueses se les suele llamar «tronperriko» aludiendo á la «trompa», guimbarde de los franceses ó bilivao de los malayos, que no tiene nada de genuinamente vasco; los instrumentos de cuerda, á excepción de la guitarra, no han encontrado acogida popular, ni la gaita zamorana, apesar de tener nombre en vascuence «zarrabete», ni el violín. El acordeón invade la costa empezando por los marinos y el metal las plazas de las villas, donde inculca la música chapucera de cualquier parte, monopolizada é impuesta por un verdadero trust madrileño, aun la rechazada por su propio público.

Estudios *melódicos* no conozco más que los de Bordes y Azkue; aun que difícil la ponderación de semejanzas me parece que se podría intentar la comparación con las otras músicas populares europeas para ver cuáles se acercan más entre sí, gallega, asturiana, bretona, gaélica, irlandesa, escocesa, noruega, finlandesa, suiza, húngara, etc., etc., y ver si la vasca se agrupa con alguna ó forma un aparte, mientras que las demás formen grupos. Claro es que también se podría comparar

(1) Gerland. «Die Basken und die Iberer» en «Die vorroman. Volkssprachen der roman. Volker», 1905.

(2) Globus, LXXIV, p. 357.

(3) La tradition au pays basque: musique populaire.

con la turca, japonesa, india, egipcia y mora, pero creo que el resultado sería aún más nulo que con el idioma. El que la gama de los chinos meridionales no tenga 4ª ni 7ª, la de los fineses según Fétis no tenga 6ª ni 7ª y la de los escoceses según Tylor carezca de 5ª y 7ª, pero tengan 4ª, no creo que nos sirva de auxilio para juzgar de la gama vasca. Hasta ahora no se ha encontrado parecido á ciertos ritmos vascos.

Dice Sto11 que de la industria vasca poco hay que referir, á lo que objeta Karutz que, si esto es verdad en lo que hace á particularidades etnográficas, «no lo es en otro sentido, pues en ninguna parte en España ha alcanzado la moderna industria fabril una altura semejante: ante todo no hay que olvidar los magníficos trabajos de Eíbar, cuyo conocimiento proviene evidentemente del tiempo de los moros y en este país han encontrado un nuevo centro y un florecimiento nuevo». De los hombres del Caúcaso se dice que hacen trabajos muy lucidos en acero repujado é *incrustdo* ¿lo habrán aprendido también de los moritos? En los asuntos quizás pueda verse en general algún estancamiento en el estilo renacimiento con ligeros escarceos al árabe andaluz, lo cual bien puede ser debido á la atmósfera, rutinaria y de aversión á la naturaleza, que rodea al país vasco. No pocas veces oí criticar á nuestros descastados impotentes las paredes blanqueadas de las iglesias de nuestras aldeas y luego me enteré de que en 1901 han quitado el yeso que embadurnaba las columnas de mármol de la iglesia de S'Pierre de Montmartre en París, ó sea en lo que han dado en llamar el cerebro del mundo. En cuanto al divorcio entre artistas y clases pudientes no ocurre solamente en el país vasco, sino también en Alemania y otros países en que la moda domina al gusto.

De importancia etnográfica es en el estudio de los vascos el arte del *entallado* de los objetos de madera, principalmente en las arcas, pero también en el yugo y otros muchos utensilios yen las solivas y balaustradas. Muestras diferentes de cerilleros dan ocasión á que Karutz (1) las considere como uno de los documentos que testifican la decadencia de las antiguas artes indígenas y del gusto artístico que, como en los pueblos llamados salvajes al penetrar en ellos la civilización, así también en la masa de nuestros pueblos cultos europeos resulta de la transformación de las condiciones de vida y relaciones de producción». Sin embargo, los entallados siguen en vigor en el yugo, siempre que no vayamos á comprarlo en tiendas bilbaínas y la decadencia del cerillero puede consistir en decadencias económicas de una parte, en decadencias del

(1) Globus LXXIV. 358.

espíritu tradicional de otra, ó también en la sustitución por candeleros de bronce ó plata.

En la *numeración*, que es una de las cosas más abstractas del idioma, sin ser esclava de éste, pero si cosa puramente intelectual, es de notar que al sistema vigesimal, francamente desenvuelto en el vasco, muestran marcada tendencia otros pueblos europeos, entre ellos las lenguas célticas, danesa y otras afines; pero así como el vasco dice: $2 \times 20 + 12$ y $3 \times 20 + 15$ para 52 ó 75, el galés dice $10 + 2 + 2 \times 20$ para 52 y el bretón $5 + 10 + 3 \times 20$ para 75.

Restos del sistema vigesimal son score, fourscore and three en inglés y desde 70 á 99 en francés; así como en el castellano su afición á contar la edad por duros, dando á esta palabra el sentido de veintena de años.

El orden de decenas y unidades propio del vasco lo tiene el castellano desde 16 y el francés desde 17, quedando reducido á las contracciones once, doce, trece, catorce, quince (y francés seize) el orden de unidades y decenas propio del latín, alemán, bretón, etc.

El mestizaje numérico es evidente en la docena románica ingertada en el vascuence, inglés, alemán, holandés, danés y ruso, indicio del completo aislamiento de estos pueblos respecto de las matemáticas asirias y babilónicas con sus preferencias por el 12; el as latino ha entrado con muchos juegos, los números 2, 3, 4, 5, 6 franceses en los dados ingleses; órdago y amarraco con el mus del vascuence al castellano; ciertos indios americanos, que antes decían uno para 60, uno para 100, dicen hoy á la castellana pero en su idioma, 41, 81 respectivamente; otros cuentan desde 7 en castellano, otros desde 3; hay tribus que por encima de 4 han abandonado sus propios números para adoptar los de los indos. Pruebas de hecho de que la introducción de palabras exóticas que indican mayor complicación ó superioridad no quiere decir que las palabras correspondientes y sus ideas faltasen en el idioma y mentalidad indígena.

En el estudio comparativo de las *medidas* y pesas mucho se podría hacer; en el almanaque es de notar la ninguna probabilidad de que la semana vasca primitiva tuviese 7 días y el hecho de que los meses no tienen nada de gentilicos y si mucho de labradores.

Las *representaciones cómicas* dice Gerland que amenudo son muy indecentes (a) y la base de tal afirmación es el Folk-lore de Vinson, quien por cierto á guisa de comentario dice en la p. 336:

Ces libertés de langage ne nous étonnent pas, si nous nous rappelons les mœurs et les habitudes des derniers siècles (las frases aludidas eran de 1796). Les gens du monde disaient communément des choses que nous regardons comme fort inconvenantes. Y en nota cita además á

Erasmus (Epistolæ, Londres 1642, p. 315, liv. V, ep. X) a propósito de la amabilidad de las damas inglesas con los forasteros.

El mismo Gerland es el que dice que «en literatura no han producido cosa peculiarmente espontánea é importante en sí á causa de su aislamiento y la incomprendibilidad de su idioma (¿para quien?), pues han vivido lejos del desarrollo cultural, á lo cual se agrega su santurronería» (b); en otro párrafo dice que «son capaces para la cultura espiritual superior (c), como lo demuestra el número de hombres importantes de abolengo vasco, San Ignacio, Duhalde, etc.» y en otra parte afirma que «el vasco es generalmente alegre, no sin inclinación á recia sensualidad (d)». Ahora el lector ate, como afirmaciones que son de un mismo autor, estos cabos sueltos (a, b, c, d); haga cuenta de la decencia del vaudeville parisién del tiempo de la revolución y del género chico madrileño, que con sus metáforas de lupanar asquea mucho más que las mayores desnudeces del lenguaje aldeano; haga cuenta también de la pruderie y puritanería inglesas y de lo seráficos que deben ser los paisanos del geógrafo prusiano; añada, para facilitar el juicio, que este mismo autor nos dice distinguirse muchos vascos de la parte alta por su estatura, pero también por su torpeza y tosquedad (copia de Bladé y compárese con los bearneses, bigorritos, baturros y sorianos), nos dice también que las manos y pies de los vascos son siempre pequeños y bonitos y que los sexos hacen vida bastante aparte y en danzas y juegos cada uno tiene el suyo, sin duda en contraste con Alemania donde las mozas ¿jugarán á los bolos con los mozos? ¿hilaran estos?

XI

En cuanto á los *noviazgos* es de notar que en el país vasco hay por ejemplo en Guipúzcoa varias anteiglesias en que es costumbre la exogamia topográfica, es decir, buscar la novia en otro valle, mientras que en el Roncal domina la endogamia topográfica y por ende la consanguinidad: sería conveniente marcar estas dos formas en cuanto á su distribución en todo el país; ello explicaría muchas diferencias de carácter y de cultura. En el país vasco no se conoce la costumbre de la cantarada, puerta ó piso, que haya de pagar el mozo de fuera á los del lugar para poder festejar, costumbre que es general en Castilla, León y Extremadura; tampoco se estila el ponderador del novio de los pueblos de Aragón.

Nos dice Gerland, tomándolo de otros autores, que hay mucha licencia en el estado de *soltería*, pero la vida de familia es pura é íntima. Para comentario de la primera afirmación baste consignar: que Guipúzcoa es el país de menos casamientos al año en toda España y sin embargo la soltera guipuzcoana conserva más tiempo probabilidad para casarse que

sus contemporáneas solteras de otros países; que los «sasikume» (niños de zarza) ò ilegítimos no hacen en Guipúzcoa mas que el 3.42 0/0 de los legítimos, en tanto que en España en general hacen el 4,66 0/0 y en Galicia pasan del 10 0/0; relacionando tales nacimientos al número de solteras de 12 á 40 años (y suponiendo igual fecundidad que en las casadas) resultarían 19 por mil en Guipúzcoa, 22 en Vizcaya, 24 en Navarra, 27 en Alava, 37 en España en general, 115 en Madrid. Añádase como corroborante que la proporción de nacidos muertos en Guipúzcoa es igual en ilegítimos que en legítimos, mientras que en Alava y Navarra es más de dos veces mayor y en Vizcaya mas de vez y media. Llega en aquella á 24 por mil, sea por el trabajo activo de la muger en el campo ó el mercado, la tienda ó el taller, sea porque la mayor densidad de población y el mayor respeto á la ley disminuyen la ocultación en comparación con otros países; en cambio de esta cifra á primera vista desfavorable, Guipúzcoa á los once meses ha conservado 85 0/0 de sus niños, Navarra 79, España en general 73, Vizcaya 67, Alava 65 y Málaga 43 (1) ¿Qué nos dirían las cifras correspondientes de los países á que unos ú otros escritores deben su naturaleza? Y por lo que hace á Francia y sus acólitos sabido es que la licencia dista mucho de poder medirse por la ilegitimidad ni por la soltería.

No sé de ninguna parte del país Vasco en que exista ó haya existido la costumbre que de su país me contó un pasiego y que consiste en ir los mozos de «rolda» á las casas de las mozas, convidándoles éstas y quedando á dormir con cada una su novio, costumbre que según parece la ha abolido el párroco actual. El mismo pasiego me contó que en su país existió lo que en bearnés llaman *couvade* hasta hace poco y los regalos de los vecinos, incluso el caldo de gallina, los tomaba el marido: se oye decir también que existió esta costumbre en Pozas (Castilla la Vieja) y Baleares y tomando los valles de Pas y Pozas equivocadamente por vascos el Dr. Buschan me atribuye indebidamente la afirmación respecto de mi país, en que los autores extraños (salvo Vinson, Schuchardt y algún otro) se empujan en repetir que existe ò ha existido, nada más que por venir esto bien á ciertas teorías suyas respecto de la constitución de la familia. No me acuerdo qué autor la considera (2) como un dicho satírico inventado en pueblos vecinos bajo la impresión de la consideración que tiene el derecho pirenaico á la muger y el segundo término á que queda relegado el yerno que se casa á casa de los suegros.

(1) T. de Aranzadi y L. de Hoyos: Interpretación de la nupcialidad y natalidad en España. Congreso internacional de higiene y demografía de Madrid en 1898.

(2) L'anthropologie, 1901.

En sus escarceos africanistas algunos autores traen á colación el que la mujer también en Berbería es capaz de primogenitura. Me parece poco motivo de aproximación y lo que la mayor parte de los teorizantes de la familia dejan de considerar, no obstante su importancia en esta cuestión, es que en el país Vasco como en el Tirolo el solar es más importante que el apellido patronímico, por que en aquel radican los derechos. Algunos aldeanos vizcaínos se consideran casi parientes por haberse casado con chicas de la misma casa de Misericordia y el aldeano escéptico por sistema contesta, cuando le felicitan por el nacimiento de un hijo suyo, «en *casa* ha nacido y... » (1). Es más, hasta el mismo apellido en su origen y hoy el mote usual son solariegos en la población diseminada. No hay pues manera de encajar el menor motivo ó base de origen de la couvade en la mentalidad del vasco; para ello sería menester una desnaturalización del modo de pensar de este; los que en algún tiempo creyeron encontrar la explicación del pasiego como un vasco descastado, allá ellos con la explicación de la couvade como uno de los efectos del trastorno mental de la descastación; dentro del país Vasco sería una costumbre absurda y los absurdos acostumbra á escribirse propósito del Vasco; pero éste, aunque alguna vez guste de que le dén con la badila en los nudillos, no ha inventado nunca un disparate y disparate sería en el meollo de quien dice «en Casa ha nacido y...» creer en la conveniencia ó en la necesidad de inventar la couvade. Es más, se ha censurado en ocasiones la facilidad en la adopción y, en resumen, la familia vasca es honrada y práctica al mismo tiempo; para que las ficciones se introdujesen en el país fué menester primero la entrada de los escribanos.

Algo difiere en las costumbres familiares, como en los trajes, el Roncal (2), en el que he podido comprobar por mí mismo que no se sentaron á la mesa con nosotros más que los varones, chicos y grandes, de la casa (sumando por cierto ellos y nosotros 12 ó 13 varones y no ocurriendo más desgracia que robarnos á los dos días una autoridad local bearnesa 20 francos); cuando se sirvió el café apareció por fin la «echeko-andre» preguntando que tal había sabido la comida. Creí en cierta ocasión, cándido de mí, que entre etnólogos bien podría narrarse esta costumbre sin encándalo de la semítica señora del anfitrión; más un arqueólogo sueco se indignó, y al hacerle la aclaración de que se trataba de un pueblo de pastores hizo un gesto de desprecio, con lo que yo hube de hacer el sueco, reservando el correspondiente gesto de indi-

(1) Idéntico al «yo no, mi mujer», que he oído á caballeros españoles.

(2) Véase el *Post scriptum*.

ferencia para cuando, apropósito del fin del siglo, me preguntó si realmente entendía yo como los periodistas lo que se le atribuía al Kaiser en este respecto. Dos años después leí (1) que «ha llegado hasta hoy en regiones escandinavas la costumbre de que las mujeres ordinariamente (fuera de ciertas fiestas) no se sienten á la mesa con los hombres, sino que comen de pie y la misma costumbre hay en Zeelandia y entre los eslavos de Croacia, etc.». No ocurrirá tal cosa entre los lacayos de la corte del descendiente de un abogado bearnés y sin embargo la «echeko andre» no se cambiaría por una sueca.

Personas más competentes que yo han tratado jurídicamente la *herencia* (donación en vida, hijo ó hija que se casa al caserío paterno, libertad de testar, propiedad indivisa y que no puede ser muy grande, etc.); me parece una mala interpretación la de Gerland al decir que en algunos valles dominaba aún en tiempos modernos la costumbre de que heredase la hija mayor, pero no entraré en disquisiciones sobre este punto en que tan incapaces son de comprender la verdadera justicia y equidad los castellanos. Otro punto relacionado con éste es el que trata Rhamm (2) al decir que los antiguos germanos, por conservar la heredad, el tronco sin desmembrar, no retrocedían ante el *celibato* parte de los hijos, en lo que se diferenciaban de eslavos y romanos; Tricito afirma que los germanos se solían contentar con una sola mujer y la supremacía del hombre era más suave que entre los romanos. El Dr. Lanz-Liebenfels dice (3) que «la idea de la vida monacal es perfectamente popular en la nación germana; el germano es soñador, pensador y como hombre activo y original se resiste á sumergirse en el montón, que hoy domina nuestra vida cultural».

Vinson dice hablando de los vascos (4) «ce mysticisme, ce penchant au rêve, cet esprit aventureux... s'est manifesté bien souvent... L'un des produits plus intéressants de l'esprit basque ¿n'est-il pas d'ailleurs le jésuitisme, qui réunit à la discipline rigoureuse librement acceptée la ténacité dans le but à atteindre, la souplesse élégante dans les moyens et l'idealisme absolu des convictions? » Hecho notable; en el juicio que muchos escritores protestantes forman sobre los vascos influye por intermedio de San Ignacio el juicio que se forman sobre los jesuitas y sin embargo consignan que en la organización de la Compañía influyó mucho su segundo general, el castellano Laynez. Los jesuitas

(1) Rhamm en Globus 30 Octubre 1902.

(2) Loco citado.

(3) Die Umschau 26 Marz 1904.

(4) Congrès internat. des études basques à Paris, 1900.

ni con mucho son todos vascos y éstos, cuando han decidido ordenarse é ingresar en alguna regla, no siempre han elegido la compañía de Jesús; entre otros, franciscanos fueron mi paisano el protomártir del Japón, modernamente el P. Lerchundi, cuya memoria no hay nadie que no alabe en Marruecos y el P. Sarrionandía, autor de la gramática de la lengua rifeña. Hay también, sin embargo, vascos transformados en pachás egipcios, en marinos japoneses, etc.

Este asunto trae á mi memoria un ejemplo de lógica al revés, mezclada de cierta socarronería ó ruindad maliciosa é hija también del conocimiento de personas consagradas á determinada misión antes que de la raza de que muchas de ellas han nacido; decía un ribereño, con cara de Abdulaziz y dibujando con sus abultados labios una sonrisa de medio lado, que los vascos tienen cara de cura; no decía «tienen V.V.» porque entendía cumplir con la cortesía ó la urbanidad haciendo excepción de la persona á quien se dirigía, en tanto que ofendía y calumniaba á la clase sacerdotal y á las madres vascongadas, que deducía no estar presentes (1). Sin que yo esté conforme con los que nos llaman un día cascarrabias y otro sin más ni más sangre de horchata, ni con los guardias civiles castellanos, que en cierta ocasión no encontraban otra manera de explicar la menor criminalidad del país Vasco comparado con otros españoles, ni tampoco con que hubiese motivo para calificar de corito en otro tiempo al vasco (diccionario español-alemán de Tolhausen) y desde los tiempos de Laramendi al astur, cierto es que, no por cobardía, sino por un sentimiento que no pueden comprender los alevosos de navaja ni los panegiristas del encubridor, el vasco no resuelve aquella grosería en tragedia; con esta diferencia de sentimientos coincide también la diferencia de carácter y costumbres, que hace cometer la injusticia de llamar hipocresía al recato y la reserva, mala educación al no preguntar lo que no importa ni satisfacer curiosidades estúpidas en vez de fingir y mentir, que califica de atrasados á los que no maldicen ni juran ni abusan de muletillas indecentes ni se insolentan contra los mayores. Es cierto que todas estas diferencias *morales* no son sólo cuestión étnica, sino muchas veces; de ambiente social, de circunstancias históricas, etc.: viajando por Andalucía oí en cierta ocasión la conversación de dos ancianos lugareños, uno de los cuales, con un aire de sinceridad y naturalidad ingenua que pocas veces puede ser perfecto en aquel país, afirmaba no haber conocido más mujer que la suya, afirmación que, aún siendo verdad, los jóvenes del día se avergonzarían de declarar, ó no se atreverían á hacerlo en la seguridad de

(1) Aranzadi: Los apellidos y la raza. Euskal-erria, LVI.

que habían de pasar por embusteros é hipócritas, sobretodo si la remachaban con la negación de un pecado de colegial.

XII

Mucho se ha escrito de los *banderizos* del país vasco, pero ni aquí ni en Irlanda hay razones de peso para calificarlos de berberiscos; son cuestión de ambiente económico y social, en, nuestro país contemporáneos de la anarquía castellana y aragonesa, que según algunos escritores españoles modernos tuvo mucha más levadura goda que moruna.

El profesor Gerland dice de los vascos que son extremadamente astutos con los extraños ó donde sea menester (no sabe él las pruebas de excesiva candidez que hemos dado en varias ocasiones), que elevan su vanidad personal al grado de una cierta dignidad, con que saben rodearse hasta lo patético-teatral (¿si resultará que habremos enseñado nosotros la fanfarronería á franceses y españoles?), el bandidaje estaba entre ellos en esplendor (y que lo diga el andaluz Berlanga, que siempre nos está royendo los zancajos), no es sanguinario, pero sí vengativo y sin sentimientos de blandura, mata con la mayor sangre fría y no tiene compasión, es inexorable con sus enemigos (delicadísimos, tiernísimos hulanos!). Es cierto que los carlistas fusilaron á un militar alemán y que en tiempos tuvieron Marquina y Régil, entre otros pueblos, fama de ladrones: no se si los ferrones y pastores serían menos respetuosos con la propiedad que los labradores, ni si ciertos actos de vandalismo en la Navarra erdérica tendrán relación con el aumento de la propiedad individual en tierras, que hasta hace poco fuesen de propiedad común y usufructo familiar; lo que sí sé es que en el país Vasco ha habido pestes, cólera, viruela y otras epidemias, como también hay tisis, reuma, tifus, etc., sin que á nadie se le pueda ocurrir por esto decir que el vasco es propenso á la tisis, cólera ó viruela.

La endemia espiritual de la *superstición* y epidemia de *brujería* también son otro de los lugares comunes apropósito de los vascos, prescindiendo los sabios de gabinete, en competencia con los eruditos á la violeta y los políticos de plazuela, de todo método y de todo sistema científico; por que si Quevedo dijo de la astrología que

el mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
por que ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas,

más seguro será respecto de los vascos, por haberse convenido en que la única vanidad de vanidades en este mundo es la de los vascos y una vez se hacen panegíricos allende el Adour salpicados de palabras castellanas

que ni siquiera se han tomado lo molestia de modalizar al vascuence, otra vez se lanzan diatribas que ni las de los ingleses contra los australianos (ó irlandeses) y, si el vasco protesta, se preparan á contestar lo que el médico que certificó la defunción de un enfermo que no había muerto «¿querrá saber mas que yo?»

En punto á supersticiones hay que distinguir entre observar que, como todos los pueblos, incluso los mas adelantados y en ellos las personas que presumen de más uso de razón libre, los vascos también tienen supersticiones, ó decir como característica distintiva que los vascos son supersticiosos, lo cual sería injusto. Luego habría que ver cuales son estas supersticiones, si son iguales ó diferentes que las de otros pueblos, si son obra de contagio ú originales, si son supersticiones de afirmación ó de negación, que también las hay. Si son recelosos contra las supersticiones forasteras vestidas con traje de moda ó son fáciles á ellas. Si las supersticiones son ó no tan arraigadas como por ejemplo la de la culebra en el andaluz ó la de los 13 comensales en muchas mesas de Europa, supersticiones que en público son objeto de chacota entre personas ilustradas y si es menester se desmienten ó disimulan oficiosamente, pero no se atenta de hecho contra ellas. Además habría que evitar la inclusión entre ellas de lo que eran preceptos higiénicos ó terapéuticos profesionales ó reglas de urbanidad en Europa hace dos ó tres generaciones nada más, no porque sean cosa más racional, sino porque serían enseñanzas que dieron las personnas instruidas de hace bien poco tiempo; hay también escritores para quienes los ritos de la Iglesia católica son cosa completamente desconocida ó desacostumbrada y actuando de viajeros observadores incurren en tal asunto en defecto idéntico al de aquel, que creyó ver á los «espatadantzaris» en calzoncillos cuando los vió con pantalón blanco.

El director de la estación central de observación de terremotos en Estrasburgo, Dr. Gerland, alude, entre las costumbres antiquísimas y en parte muy singulares que han conservado los vascos hasta hoy, á innumerables supersticiones socialmente peligrosísimas, que sólo menciono» dice él «brevemente (para el final del siglo XVI da Pierre de l'Ancre 1610 ejemplos, para el siglo XIX Miquel 161)». He traducido literalmente para que se vea cómo una cifra de año de publicación y una cita de página pueden convertirse en número de ejemplos. Pierre de l'Ancre! el consabido inventor de brujas, tan desatinado como sus pobres alucinadas y los delatores de éstas una cosa y otra ó alguna más (1). Michel, le Pays

(1) Véanse mis artículos titulados «Viajeros rencorosos y ratones de biblioteca ó los vascos en el siglo R» en Euskal-erria XLIX y L.

basque, p. 161: un suceso que ocurrió á más de 60 kilómetros del último lugar vasco y las personas que intervinieron en él no eran vascos; el mismo cita otro de Dax, por tanto tampoco vasco; de Lumbier y de Labiano, en que no se habla vascuence, cita el chapuzón á la imagen en las rogativas. Y sin ir á Galicia, Asturias, Andalucía, Extremadura, Valencia ni Madrid, donde se encontrarían en mucha más abundancia que en el país vasco ¿no se ha enterado el Dr. Gerland de crímenes inspirados en la superstición y cometidos en el siglo XX en Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, incluso en grandes ciudades y por personas que hablan el idioma oficial?

Entre las costumbres antiquísimas y muy singulares incluye Gerland la cencerrada y la couvade, de que ya hemos dicho lo que creímos oportuno decir, así como las plañideras repitiendo sus lamentaciones muchos años sobre las tumbas; esta costumbre la cita por boca de Michel, el cual la trae de Pierre de l'Ancre, de quien una docena de renglones antes dice: A-t-on idéé d'un pareil abus de langage chez un magistrat armé de la torche et du glaive? Y ahora no recuerdo de dónde he tomado la nota de que en Mans, frontera alemana, bien lejos del país Vasco en todo caso, se pagaron diez y siete francos á unas *plañideras* en entierros de fines del siglo XIX. Los banquetes funerales, llamados en León *mortuorios*, en Alemania «umhalten oder rundessen, leichenfeiern und bewirtungen im Sterbeause», la colación de entierros en Suiza, acostumbrada también en Rusia y entre los osetos del Cáucaso, no son de consiguiente particularidad de los vascos. En el valle de Campóo de Enmedio (Reinosa), que no tiene nada de vasco, se acostumbra colocar sobre la sepultura, inmediatamente despues del entierro, un carnero para comerlo mas tarde. Las oblasadas ú *ofrendas* y el sitio de sepultura de cada vecino en la iglesia son costumbres generales en todo el Norte de España. El *parto* no sé que tenga en el país Vasco singularidad ninguna; un médico granadino me contó de su país que para ello se sienta la parturienta sobre las rodillas de un hombre, el cual la abraza por la cintura y este auxiliar es más eficaz, según la creencia popular, si había pasado el Estrecho: se sobreentiende el de Gibraltar, lo cual dadas las condiciones de la vida en aquel supone no pocas veces como motivo Ceuta ó Melilla, es decir, el presidio. Los que en su país no tengan costumbre ni remotamente parecida á ésta y estén acostumbrados á juzgar las suyas como norma de todo el género humano, quizás al leer esta referencia se sonrían con aire de suficiencia como diciendo «qué guaitas gastan los médicos andaluces con quien les quiere oír». A estos tales les diré que lean los tratados de tocología etnográfica, donde encontraran cosas más extrañas, les diré también que hay andaluces fúnebres, serios y, creo que puedo decirlo, sosos y les diré que no se

refieren á estos seguramente los que al guipuzcoano, sobretodo de Beterri, le llaman el andaluz del Norte; calificativo que, si quereis, bien podría aplicarse al «farceur» Etchecopar, traduciendo el calificativo que leo da Haristoy (1), así como á la «fantaisie rêveuse d'un Chaho (2)», ambos los únicos constituyentes de los cimientos de la pretendida couvade en el país.

Entre las *razas malditas* se suele contar á los agotes, en francés cagots, de dentro y fuera del país Vasco; Gerland nos dice que se les atribuye hermosura y frecuente rubicundez, por lo que se quiso derivarlos de los godos mediante una etimología estúpida: ca(nis)got(icus); Rochas dice que son descendientes de leprosos, físicamente sin ninguna diferencia con los vascos y que hablan vascuence (también los gitanos). Gerland observa que «vivían limitados á ciertos oficios (carpinteros, herreros, tejedores, ebanistas) que ejercían para sí y para los demás, prueba clara de que no hay que confundirlos con los leprosos. Tampoco yo estoy convencido de que la conclusión de Rochas quede demostrada ni mucho menos.

Algo más que el apartamiento y la maldición cayó sobre gran número de personas del país Vasco, como de otros países, en el tiempo del florecimiento de los procesos de *brujas*; pero se equivocaría quien dedujese el mayor arraigo en su creencia, comparado el país con otros muchos que no tengo para qué nombrar; en cuanto á la palabra vascuence «akelarre», muy corriente hoy en la literatura castellana, radica puramente en el proceso de Zugarramurdi y el nombre del brujo en vascuence (sorgiña) más indica sortilegio que hechicería. Hay el «begisko» ó mal de ojo, que no tiene nada de particular vasco, sino que es una preocupación casi universal. En lo que realmente se han usado malas artes alguna vez fuera del país es en dar por individual un trabajo colectivo, en que la principal parte es de otra persona; tampoco en esto somos maestros.

La ignorancia, la timidez, los respetos humanos y el espíritu de contradicción que en el vasco se exalta contra sí mismo, mientras que en muchos países los escritores de las más opuestas tendencias adoptan acuerdo tácito de hablar de las supersticiones de las demás y ocultar ó eludir las de ellos mismos ó de sus paisanos, me obligan á multiplicar los ejemplos de fuera. El Dr. Karutz (3) cita por incidencia una superstición existente en el país vasco, pero en el mismo artículo otra análoga

(1) La tradition au peuple basque. Paris, 1899, p. 292.

(2) Vinson: Congrès internat. des études basques, Paris, 1900.

(3) Globus LXXIX. p. 7. 21 Febrero 1901.

de España, indicando que es igual á otra alemana y añade que en un bazar de caridad en Charing (Lóndres) había (hacía pocas semanas) un gabinetito con el retrato de Krüger; quien pagaba seis peniques podía pinchar el retrato tres veces con un alfiler; todo lo cual lo trata propósito de figurillas de venganza de Escocia, Palatinado, Hungría, etc. En Suabia colocan á los niños los *evangelios* como en el país vasco, en vez de la pata de garduña, el coral, ciertos huesos de pescado, la higa, etc., etc., tan corrientes en la mayor parte de España, Italia, etc.; lo cual indica una de dos cosas, ó que la superposición ó sustitución por formas y símbolos cristianos fué en el país vasco más completa que en estos otros países, ó que el uso de tales objetos ha empezado después de la introducción del cristianismo; esto no quiere decir que el día menos pensado no aparezcan las madres vascas contagiadas de pata de garduña ú otro de estos chirimbolos, pues el movimiento de castellanización y afrancesamiento trae consigo algunas otras cosas de no mejor indole.

XIII

Por si algún viajero muy romántico se viese tentado á creer ó inventar otra cosa, he de advertir que el «chorimalo» ó espantapájaros no es un hechizo; los vascos no son menos avisados que los gorriones. En cuanto á la preocupación del «ireltsu» ocupa muy poco sitio en el alma del vasco, tan poco como la atribución de muchas obras antiguas y fenómenos topográficos naturales á los moros, ó más á los gentiles ó gigantes.

Aunque sea cuestión más arqueológica que etnográfica citaré propósito de gentilismo, paganismo ó *politeismo* al abogado de Burdeos Nicolaï (1), quien nos dice que el «Summum Pyrenœum» era Roncesvalles, siendo así que el de Canfranc es el que se llama Sumport, Summum Portum, nos cita las columnas consagradas á sus parientes desde el golfo de Lyon al de Vizcaya por los ciudadanos Edunnis, Ilurberrixo, Senixsonis, Andere, Andosten, Andosso, Andoston, Ereseni, Cundue seni, Halscotarris, Hotarri, Neureseni, etc., á todos los cuales busca etimología vasca, cita además los dioses arbelex, baigorisc, aherbelste, «erdit sel» trasformado por el intérprete en «erditse deae» y nos dice que en Mouy, en la Civitas Narbo, levantaron un templo soberbio bien dotado á Larrason, es decir, Larrasoña, que hoy ha venido á parar en ser un pueblo navarro, en que el cochero que nos conduce á Burguete

(1) La tradition au pays basque. Paris, 1899.

dice se ha de tomar el amarretako. En cuanto al dios Pago hube de decirle ya en otra ocasión (1) que «si los romanos divinizaron ó no el genio pagano ó de cada país y si por un juego de letras ó por lo que fuese vino á quedar también divinizado el árbol que ellos conocían con el nombre de Fagus, no por eso veo razón suficiente para afirmar que los vascos adorasen á Pago ó á Fago (p. 17): aunque el vasco sea buen pagador no está probado que para él Pago haya sido un dios, sino un árbol (p. 30) más ó menos latino; lo cual no está en contradicción con que en la época del paganismo los romanos residentes en el país aquitano pudiesen invocar en las lápidas al dios de cada pagus ó aldea, sin preocuparse de saber cuál fuese y ellos adorar si así les venía en mientes al árbol que en latín se llama Fagus, mientras el vasco tenía sus preferencias para el roble.

No creemos que los antiguos vascos estuvieran libres de pecado, ni que procedieran de una purísima pareja, que nada tuviese que ver con los demás hombres y sus dioses; pero estamos conformes con D. Carmelo de Echegaray en creer que pasamos, muchísimo antes de lo que los autores de juicio precipitado pretenden, al Cristianismo y creemos también que la penetración de éste produjo la desaparición ó atrofia de las voces indígenas espiritualistas; pretender otra cosa sería suponer á los vascos antes de su cristianización más brutos que los australianos y bosquimanes, á quienes estuvo muy en boga hace una y dos generaciones atribuirles una mentalidad muy poco superior á la de los orangutanes, pero se va corrigiendo mucho esta idea; aunque todavía retoña el modo de pensar de los negreros y, como dice el Dr. R. Lasch, mientras en tiempos de Rousseau se miraba el ideal en el salvaje, hoy se le ha subido á la cabeza á ciertos espíritus la pretendida superioridad de la actual cultura europea hasta el punto de creerse en el caso de fallar en última instancia acerca de la manera de ser de los otros, que apenas empezamos á comprender.

En cuanto á nosotros los vascos es verdad que no fuimos el pueblo elegido por Jehová, ni tampoco pretendemos ser, como los germanos y anglo-sajones lo pretenden, el pueblo selecto por la Naturaleza, pero tenemos nuestros cinco dedos en cada mano y nuestra alma en nuestro almarío.

XIV

Para concluir: podrá parecer el tono de estos escritos un tanto fogoso, agresivo, irónico ó mordaz contra determinadas opiniones ó

(1) Aranzadi: La flora forestal en la toponimia euskara. San Sebastián 1905. Impr. Diput.

afirmaciones y negaciones y de consiguiente es posible que alguien crea ver en ellos poca serenidad científica; pero quien al leerlos no sienta directamente herido su amor propio nacional comprenderá que es hora ya de combatir enérgicamente cuatro crímenes de lesa método científico hasta hoy casi absolutamente impunes:

1º La malevolencia é insidia radicantes en cuestiones políticas, religiosas ó de incompatibilidad de caracteres;

2º El poco respeto á la verdad de los confeccionadores de escritos eruditos ó amenos;

3º La poca perspicacia, discernimiento y serenidad de los viajeros y la ligereza de juicio ó la terquedad de sistema de los sabios de gabinete;

4º La debilidad mental de muchos vascos en favor de los tres casos anteriores y su espíritu de contradicción enfrente de los respectivos casos de sus paisanos, apesar de no ser más graves que aquellos.

TELESFORO DE ARANZADI.

Barcelona 16 Set. 1907

Advertencia. Por haberlo recibido demasiado tarde, nos vemos obligados á dejar para el próximo numero, el *Post-Scriptum* que nos ha enviado el Sr. Aranzadi (N. de la R.).

